

# Portavoz de la Gracia

NÚMERO 17

## ÍDOLATRÍA

---

*“Hijos, guardaos  
de los ídolos. Amén”.*

1 Juan 5:21

**Nuestro propósito**

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia  
de Dios en la salvación y promover santidad  
verdadera en el corazón y la vida”.*

# Portavoz de la Gracia

17

## Idolatría

### Contenido

Definición y causa de la idolatría.....	3
<i>J. C. Ryle (1816-1900)</i>	
La idolatría del alma excluye al hombre del cielo .....	7
<i>David Clarkson (c. 1621-1686)</i>	
La idolatría condenada .....	13
<i>Charles Spurgeon (1834-1892)</i>	
Guardaos de los ídolos .....	16
<i>David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)</i>	
La impiedad de atribuir una forma visible a Dios.....	21
<i>Juan Calvino (1509-1564)</i>	
Tratado sobre imágenes mentales.....	23
<i>Ralph Erskine (1685-1752)</i>	
Adoración idólatra .....	32
<i>John Flavel (c. 1630-1691)</i>	
El ídolo del libre albedrío.....	37
<i>John Owen (1616-1683)</i>	
Ídolos abolidos.....	43
<i>Charles Spurgeon (1834-1892)</i>	
La idolatría en la actualidad ¿dónde está? .....	49
<i>J. C. Ryle (1816-1900)</i>	

Publicado por Chapel Library  
*Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados*

© Copyright 2016 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

**En todo el mundo:** Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. **In Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY  
2603 West Wright Street  
Pensacola, Florida 32505 USA  
*chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org*

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

*www.chapellibrary.org/spanish*

# DEFINICIÓN Y CAUSA DE LA IDOLATRÍA

J. C. Ryle (1816-1900)

*“Por tanto, amados míos, huid de la idolatría” (1 Corintios 10:14).*

**C**reo que hemos llegado a un punto en que el tema de la idolatría demanda una investigación rigurosa y minuciosa. Creo que la idolatría está cerca de nosotros, alrededor de nosotros y en medio de nosotros en una medida horrenda. En suma, el Segundo Mandamiento está en peligro. “La mortandad ha comenzado” (Nm. 16:46).

Siento que el tema presenta muchas dificultades. Nuestra suerte está echada en una era cuando la verdad corre el constante peligro de ser sacrificada en pro de una supuesta tolerancia, caridad y paz... la verdad sobre la idolatría es, en el sentido más elevado, la verdad para estos tiempos.

Comenzaré, pues, dando *una definición de idolatría*. Permítanme mostrar lo que es. Es de vital importancia que la comprendamos. A menos que yo deje bien claro esto, no podría seguir escribiendo del tema. Sobre este punto prevalecen la vaguedad e imprecisión, tal como sucede con casi todos los demás temas sobre religión. El cristiano que no quiere quedar continuamente varado en su peregrinaje espiritual, tiene que tener su cauce bien marcado y su mente saturada de definiciones claras.

Digo, pues, que “la idolatría es aquella adoración en que el honor debido al Trino Dios y a él únicamente, es dado a algunas de sus criaturas o a alguna invención de sus criaturas”. Puede variar muchísimo. Puede asumir formas extremadamente diferentes según la ignorancia o el conocimiento, la civilización o la barbarie, de los que la ofrecen. Puede ser groseramente absurda y ridícula, o puede acercarse a la verdad y, por ende, ser engañosamente defendida.

*No es necesario que alguien niegue expresamente a Dios y a Cristo a fin de ser idólatra.* Lejos de ello. Profesar reverencia al Dios de la Biblia y la idolatría, propiamente dicha, es perfectamente compatible. A menudo, éstas han andado lado a lado y lo siguen haciendo. A los hijos de Israel no les cruzó por la mente la idea de renunciar a Dios cuando persuadieron a Aarón que hiciera un becerro de oro. “Estos son tus dioses”, dijeron, “que te sacaron de la tierra de Egipto”. Y la fiesta en honor al becerro se conservó como “fiesta para Jehová” (Éx. 32:4-5). Es digno de notar que el ídolo no se erigió como un rival de Dios, sino pretendiendo ser una ayuda, un peldaño hacia su servicio. Pero... cometieron un gran pecado. La

honra debida a Dios fue dada a una representación visible de él. Fue una ofensa contra la majestad de Jehová. El Segundo Mandamiento fue quebrantado. A los ojos de Dios, aquel acto fue uno flagrante de *idolatría*.

*Subrayemos bien esto: Ya es tiempo de quitar de nuestra mente esas ideas vagas sobre idolatría que son comunes en la actualidad.* No hemos de creer, como lo hacen muchos, que sólo hay dos tipos de idolatría: La idolatría espiritual del hombre que ama a su esposa, a sus hijos o su dinero más que a Dios. O la idolatría abierta, grosera, del hombre que se inclina ante una imagen de madera, metal o piedra por ignorancia. Podemos estar seguros de que la idolatría es un pecado que abarca un campo mucho más grande que esto... es una pestilencia que se introduce en la Iglesia de Cristo en una medida mucho más amplia de lo que muchos suponen. Es una impiedad que, como el hombre pecador, “se sienta en el templo de Dios” (2 Ts. 2:4). Es un pecado contra el cual tenemos que cuidarnos y orar continuamente. Entra sigilosamente en nuestra adoración religiosa sin que la sintamos y la tenemos delante de nosotros antes de que la notemos.

*Retengamos estas cosas en nuestra mente y considerémoslas seriamente.* La idolatría es un tema que debe ser examinado, comprendido y conocido a fondo en cada iglesia de Cristo que quiere mantenerse pura. Por algo es que San Pablo da el mandato severo de huir de la idolatría.

Veamos ahora *la causa que origina la idolatría*. ¿De dónde procede? Al hombre que tiene un concepto extravagante y exaltado del intelecto y el razonamiento humano, la idolatría le puede parecer absurda. La considera demasiado irracional para cualquiera, menos para las mentes débiles, a quienes sí les puede representar un peligro.

Al que piensa superficialmente acerca del cristianismo, el peligro de la idolatría puede parecerle insignificante. Cualesquiera que sean los mandamientos que se quebranten, diría tal persona, es poco probable que quebranten el Segundo Mandamiento.

Ahora bien, ambas personas demuestran una ignorancia deplorable acerca de la naturaleza humana. No ven que hay raíces secretas de idolatría dentro de todos nosotros. La prevalencia de la idolatría entre los paganos, en todas las edades, seguramente desconciertan al primero; las advertencias de los pastores protestantes contra la idolatría pueden parecerle fuera de lugar al segundo. *Ambos por igual son ciegos en cuanto a su causa.*

*La causa de la idolatría es la corrupción natural del corazón del hombre.* Esa gran enfermedad familiar que sufren todos los hijos de Adán desde su nacimiento se manifiesta en esto, al igual que en otras miles de maneras. Procede de la misma fuente que “los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño” y cosas semejantes (Mr. 7:21-22), de esa misma fuente brotan los conceptos falsos acerca de Dios y los conceptos falsos de la adoración

debida a él y, por lo tanto, cuando el apóstol Pablo le dice a los gálatas cuales son las “obras de la carne”, da un lugar prominente entre ellas a la “idolatría” (Gá. 5:19-21).

El hombre, necesariamente, va a tener algún tipo de religión. Dios no nos ha dejado a ninguno de nosotros sin un testimonio de él, por más pecadores que seamos. Como en las antiguas inscripciones enterradas bajo montones de escombros, igualmente *algo* hay grabado en el fondo del corazón del hombre por más tenue y borroso que sea, algo que le hace sentir que tiene que tener una religión y una adoración de algún tipo. Encontramos prueba de esto en la historia de viajes en todas las partes del globo. Las excepciones a la regla son tan pocas, si es que las hay, que sólo confirman esta verdad. La adoración del hombre en cualquier rincón oscuro de la tierra puede elevarse no más alto que su temor incierto de un espíritu maligno y el deseo de aplacarlo. Lo cierto es que, de una u otra manera, el hombre tendrá algún tipo de adoración.

Pero luego viene el efecto de la caída. El desconocimiento de Dios, los conceptos carnales y bajos de su naturaleza y atributos, nociones terrenales y sensuales del servicio que es aceptable a él, caracterizan la religión del hombre natural. Siente ansiedad por algo que no puede ver, sentir ni tocar en su divinidad. Quiere bajar a Dios a su propio bajo nivel. Quiere hacer de su religión una cosa asequible a sus sentidos, especialmente al de su vista. No tiene idea de la religión del corazón ni de la fe y el espíritu. En suma, así como está dispuesto a vivir en el mundo de Dios una vida caída y degradante, está dispuesto también a adorar de la manera que sea; pero hasta no ser renovado por el Espíritu Santo, la suya siempre será una adoración caída. En resumen, *la idolatría es un producto natural del corazón del hombre*. Es una maleza que, como la tierra sin cultivar, el corazón está siempre presto para producir.

*La causa no es otra cosa que la profunda corrupción del corazón del hombre*. Es una propensión natural y una tendencia en todos nosotros rendir a Dios un culto sensual, carnal, y no aquello que su Palabra manda. Estamos siempre listos, en razón de nuestra dejadez e incredulidad, a inventar ayudas visibles y peldaños artificiales en nuestros intentos de acercarnos a él y, en definitiva, darle estas invenciones nuestras para honrarle en la forma que creemos merece. De hecho, la idolatría es toda natural, cuesta abajo y fácil, como el camino ancho. La adoración espiritual es toda de gracia, cuesta arriba, contra corriente. Cualquier tipo de adoración es más agradable al corazón natural que adorar a Dios “en espíritu y en verdad” de la manera que nuestro Cristo el Señor describe: (Jn. 4:24).

---

Este artículo y el último fueron tomados de “Idolatry”, en *Knots Untied* (Nudos desatados), reimpresso por Charles Nolan Publishers.

---

**J. C. Ryle** (1816-1900): Obispo de la Iglesia Anglicana. Fue descrito cierta vez como “un hombre de granito con el corazón de un niño”. Spurgeon lo llamó “el mejor en la Iglesia Anglicana”. Reconocido autor de *Santidad*, *Knots Untied*, *Old Paths* (Sendas antiguas), *Expository Thoughts on the Gospels* (Pensamientos expositivos sobre los Evangelios) y otros. Nació en Macclesfield, Condado de Cheshire, Inglaterra.



“Si la ira santa del Señor Jesús se manifestaba cuando veía la profanación de esa Casa que debía ser ‘casa de oración’, si aquella comercialización idólatra causaba que la limpiara de una manera tan drástica, icómo se sentirá ahora ante tantos edificios que han sido consagrados a su nombre! Cuán trágicamente se repite la historia. Las cosas que se hacen ahora en tantas casas del Señor: Las comidas, los bazares, las noches de cine y otras formas de entretenimiento; todas estas cosas no son más que comercialización idólatra en los templos que debieran ser ‘casas de oración’. Con razón, esos lugares carecen de espiritualidad y desconocen el poder de Dios. El Señor no tolera una mezcla impía de cosas mundanas con las espirituales”. —*A. W. Pink (1886-1952)*

“Todos tenemos que mantenernos en guardia. No demos nada por hecho. Aquellos que predicán deben clamar a gran voz y no escatimar esfuerzos por impedir que un cariño mal entendido los mantenga callados ante las herejías de la época. Los que escuchan deben ceñir sus lomos con la verdad y llenar sus mentes con los conceptos proféticos claros acerca del final inevitable de todos los adoradores de ídolos. Tratemos todos de comprender que se avecina el fin del mundo y que la abolición de la idolatría es urgente. ¿Es éste el momento de acercarnos a Roma? ¿No es más bien éste el momento de alejarnos más y mantenernos alejados, no sea que nos involucremos en su caída? ¿Es éste el momento de disimular y disculpar las múltiples corrupciones, y negarnos a ver la realidad de sus pecados? De cierto, debiéramos más bien ser doblemente precavidos de todo lo que sea una tendencia romana en la religión —doblemente cuidadosos de no ser cómplices de alguna traición contra nuestro Señor Cristo— y doblemente preparados para protestar contra la adoración no bíblica de todo tipo”. —*J. C. Ryle (1816-1900)*

# LA IDOLATRÍA DEL ALMA EXCLUYE AL HOMBRE DEL CIELO

David Clarkson (c. 1621-1686)

*“Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios” (Efesios 5:5).*

**E**l avaro, al igual que cada uno mencionado en nuestro texto, es un idólatra. No sólo el avaro, sino que también el inmundo, es idólatra. Porque el apóstol, que cataloga a la avaricia como idolatría, incluye también como idólatra al que sólo piensa en lo terrenal, que hace del vientre su dios (Fil. 3:19). De hecho, cada lascivia reinante es un ídolo y cada persona en la que reina, es un idólatra. “Los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida”, es decir los placeres, las riquezas y los honores que recibe son la trinidad del hombre carnal, los tres grandes ídolos del hombre mundano, ante los cuales postra su alma. Y al darles aquello que corresponde sólo a Dios, se hacen culpables de idolatría. Para hacer más claro el hecho de que la avaricia, la inmundicia y demás deseos de la carne son idolatría, consideremos qué es y las formas cómo se manifiesta.

Idolatría es darle el honor y la adoración a la criatura que le corresponde únicamente a Dios (Ro. 1:25). Ahora bien, cuando esta adoración se hace común y se adoran otras cosas, sean lo que sean, hacemos de ellas ídolos y, por ende, cometemos idolatría. Sucede que esta adoración debida sólo a Dios no es algo que hacen únicamente los paganos al adorar a sus dioses; los papistas a los ángeles, santos, imágenes, etc., sino también el hombre carnal a sus *deseos* porque hay una adoración doble que se debe rendir sólo a Dios:

1. *Externa*, que consiste de actos y lenguaje corporal. Cuando el hombre se inclina o se postra ante algo, esto es adoración del cuerpo. Y cuando alguien se inclina o se postra ante algo o alguien, no por un respeto común sino religioso, con intención de honrar a algo considerándolo divino, entonces esto es adoración debida sólo a Dios.

2. *Interna*, que consiste de actos del alma y acciones que responden a ella. Cuando la mente está dominada por un objeto y el corazón y los afectos se concentran en él, esto es adoración del *alma*; y esta adoración le corresponde sólo a Dios porque siendo él el mejor bien y lo máximo entre las criaturas inteligentes, es a quien le corresponde y es la correcta cuando

brota del alma y se dirige únicamente a él. La verdadera adoración es darle sólo a Dios, el primer y más elevado lugar en nuestro pensamiento, corazón y acciones.

Ahora bien, según esta distinción en la adoración, existen dos clases de idolatría:

1. Idolatría *abierta, externa*, cuando los hombres, por respeto religioso se inclinan o se postran ante algo o alguien aparte de Dios. Ésta es la idolatría de los paganos y parte de la idolatría de los papistas.

2. Idolatría *secreta y del alma*, cuando la mente y el corazón se dirigen a cualquier otra cosa o persona aparte de Dios; cuando cualquier cosa se valora más y se quiere más; cualquier objeto o persona en que se confía más, se ama más o cuando nuestros empeños son para algo o alguien que no es Dios. Entonces, esa es adoración del alma que es debida sólo a Dios.

Por lo tanto, los ídolos secretos no tendrán herencia en el reino de Dios. Tanto la idolatría del alma como la idolatría externa excluyen al hombre del cielo. *El que satisface sus concupiscencias es tan inepto para el cielo como el que sirve y adora a ídolos de madera o de piedra.*

Antes de pasar a confirmar y aplicar esta verdad, será mejor exponer con más claridad esta idolatría secreta. Para hacerlo, consideremos que hay trece actos de adoración del alma:

**1. Estima.** Convertimos en dios a aquello *que más valoramos* porque la estima es un acto de adoración del alma. Adoración es la estima mental de algo que es de gran excelencia. De hecho, el Señor considera la estima más alta un acto de honra y adoración debido sólo a él. Por lo tanto, tener una alta estima por otras cosas, mientras estimamos menos a Dios, es idolatría. Tener una alta opinión de nosotros mismos, de nuestro papel y logros, de nuestras relaciones y nuestros placeres, de nuestras riquezas y honores, es idolatría. Cuando exaltamos a aquellos que son ricos y honorables o le damos gran valor a cualquier cosa semejante, a la vez que valoramos menos a Dios. Cuando ponemos estas cosas en lugar de Dios, haciendo de ellas ídolos por darles el honor y la adoración debida sólo a la Majestad divina, estamos practicando idolatría. Convertimos en nuestro Dios a lo que más estimamos o sea que si usted estima más a otras cosas o personas, es ídolo (Job 21:14).

**2. Predisposición.** Convertimos en nuestro dios a aquello por lo cual *tenemos mayor inclinación*. Lo que más ocupa nuestra mente, aquello en lo que más pensamos movidos por nuestra predisposición, es adoración que corresponde a Dios, y que él mismo declara que se le debe rendir únicamente a él (Ec. 12:1). Podemos tener inclinación hacia otras cosas, pero si nos inclinamos más hacia ellas que a Dios, es idolatría. Al ser humano se le manda adorar a Dios. Puede haber inclinación por otras cosas, pero si hay más inclinación por ellas que por Dios, es idolatría; la adoración a Dios es dirigida a la criatura antes que al Creador. Cuando nos

prestamos más atención a nosotros mismos, a nuestras propiedades e intereses, a nuestras ganancias o placeres más que a Dios, erigimos estas cosas como nuestros dioses dándoles el lugar de Dios. Cuando ese tiempo, que debiera estar saturado de pensamientos acerca de Dios, está copado por pensamientos hacia otras cosas, es idolatría. Cuando Dios no está en todos nuestros pensamientos o cuando lo está, pero en menor grado. O cuando no pensamos en él para nada, lo cual deberíamos hacer cotidianamente con seriedad, pero en cambio voluntariamente, en lugar de pensar en Dios, enfocamos nuestros pensamientos en otras cosas, caemos en idolatría.

Si usted no piensa en Dios o piensa de él algo diferente de lo que es; si piensa que es todo misericordia, olvidando su justicia; si piensa que es todo misericordia y compasión, y no tiene en cuenta su pureza y santidad; si piensa en su fidelidad en cumplir sus promesas, olvidando que también cumple sus amenazas; si lo cree todo amor, dejando de lado su soberanía, entonces tiene un ídolo en lugar de Dios. Pensar en él de una manera distinta de la que se ha revelado y dedicar sus afectos a otras cosas tanto o más que a Dios, es idolatría.

**3. Intención.** Convertimos en nuestro dios a aquello que *más tenemos intención* de hacer porque lo que es prioritario en nuestras intenciones es un acto de adoración que debiéramos rendir sólo al Dios verdadero. Siendo él el principal bien, debe ser también la meta final de nuestras intenciones. Ahora bien, lograr nuestra meta final tiene que ser también nuestra finalidad principal; es decir, hemos de apuntar a esa meta por sí misma, y todo lo demás que queremos lograr debe sujetarse a ella.

Ahora bien, cuando hacemos de otras cosas nuestra meta principal, las estamos colocando en lugar de Dios y las convertimos en ídolos. Cuando nuestra intención principal es llegar a ser ricos, grandes, famosos o poderosos; cuando nuestro gran propósito es lograr nuestro propio confort o placer, obtener reconocimientos, ganancias o beneficios; cuando nuestra meta o intención principal es otra que glorificar y disfrutar de Dios, caemos en la idolatría del alma.

**4. Determinación.** Convertimos en nuestro dios aquello que *más determinamos* hacer. La determinación de poner a Dios sobre todas las cosas es un acto de adoración que éste nos exige como algo debido sólo a él. Suplantar eso por otras cosas es darles a éstas la adoración que corresponde a Dios y, por ende, convertirlos en dioses. Lo hacemos cuando seguimos con determinación otros intereses debido a nuestras concupiscencias, antojos, ventajas externas, mientras que apenas si seguimos a Dios, sus caminos, su honra y su servicio.

Hacemos determinaciones idólatras cuando optamos por otras cosas y dejamos a Dios para otro momento: “Déjenme disfrutar ahora plenamente del mundo, de lo que me place, de mis concupiscencias; pensaré en Dios en

el futuro, cuando sea anciano, esté enfermo y en mi lecho de muerte”. Dejamos a Dios de lado; las criaturas y nuestros deseos carnales ocupan el lugar de Dios y damos a estos la honra debida sólo a él.

**5. Amor.** Convertimos en nuestro dios aquello que *más amamos* porque el amor es un acto de adoración del alma. A veces amar y adorar son sinónimos. Lo que uno ama, eso adora. Es indudable que si nuestra intención es amar algo superlativo, pero que no es Dios, amar aquello por sobre todas las cosas es idolatría porque amar es un acto de honra, adoración, que el Señor declara que se debe rendir a él exclusivamente (Dt. 6:5). El Señor Jesús resumió en Mateo 22:37 toda la adoración requerida del hombre. Podemos amar otras cosas, pero él debe ser amado por sobre todas ellas. Ha de ser amado transcendental y absolutamente por quién él es. Todas las cosas deben ser amadas en él y por él. Él considera que no lo estamos adorando en absoluto, que no lo estamos considerando el único Dios cuando amamos a otras cosas más que a él, o tanto como a él (1 Jn. 2:15). El amor, cuando se sale de las reglas prescritas, es un afecto idólatra.

**6. Confianza.** Convertimos en nuestro dios aquello en que *más confiamos* porque confianza y dependencia es un acto de adoración que el Señor proclama le debemos rendir sólo a él. ¿Y qué acto de adoración existe que el Señor más requiere que esta dependencia del alma sólo de él? “Fíate de Jehová de todo tu corazón” (Pr. 3:5). *Confiar en las riquezas:* Job lo rechaza y cuenta entre los actos idólatras que eran juzgados como una maldad (Job 31:24). David se suma a esto y lo considera como un rechazo a Dios (Sal. 52:7) y nuestro Apóstol, quien llama idolatría a la avaricia, aconseja no poner la confianza en las riquezas en lugar de ponerla en Dios (1 Ti. 6:17). *Confiar en los amigos aunque sean muchos y poderosos.* Condena esto porque significa apartarse de Dios, renunciar a Dios y dar más fuerza a lo que confiamos en lugar de Dios (Sal. 146:3). Salmo 118:8-9 afirma: “Mejor es confiar en Jehová que confiar en el hombre. Mejor es confiar en Jehová que confiar en príncipes”. La idolatría que significa esta confianza equivocada, es que el verdadero Dios es olvidado. Confiar en la criatura en lugar del Creador siempre es idolatría.

**7. Temor.** Convertimos en nuestro dios aquello a lo que *más tememos* porque el temor es un acto de adoración. Ciertamente que el que teme, adora a lo que teme, cuando lo que teme es trascendente. Las Escrituras definen a menudo la adoración total a Dios con esta sola palabra: *Temor* (Mt. 4:10; Dt. 6:13) y el Señor impugna esta adoración o sea, ese temor que es debido sólo a él (Is. 51:12-19). Nuestro dios es ese temor que nos domina (Lc. 12:4, 5). Si tememos otras cosas más que a él, estamos rindiendo a ellas el culto que corresponde solo a Dios y eso es, simple y llanamente, idolatría.

**8. Esperanza.** Convertimos en nuestro dios a aquello en que ciframos nuestra *esperanza* porque tener esperanza en algo o alguien es un acto de adoración... y la adoración corresponde sólo a Dios. Es su prerrogativa ser

la esperanza de su pueblo (Jer. 17:13; Ro. 15:13). Cuando ciframos en otras cosas nuestra esperanza, les rendimos el honor que le corresponde sólo a Dios; es dejar al Señor, la Fuente, y remplazarlo con cisternas rotas (Jer. 2:13), adorándolas como si fueran Dios. Esto hacen abiertamente los papistas cuando ponen su esperanza en María, la cruz de madera y los santos difuntos. Y lo mismo hacen otros entre nosotros que ponen su esperanza en sus oraciones, su dolor por su pecado, sus obras de caridad o cualquier otro acto religioso o de justicia y cuando esperan satisfacer la justicia, pacificar el desagrado de Dios, con el fin de comprarse el cielo. Nada puede comprarlo, sino aquello que es infinito: La justicia de Dios. Y ésta la obtenemos sólo en y de Cristo. Por lo tanto, la Palabra lo llama nuestra esperanza (1 Ti. 1:1) y “nuestra esperanza de gloria” (Col. 1:27). Los que hacen de su propia justicia el fundamento de su esperanza, la exaltan en lugar de Cristo y la honran en lugar de Dios.

**9. Anhelos.** Convertimos en nuestro dios a aquello que *más anhelamos* porque uno anhela lo que considera de más valor, de hecho, por eso es que lo anhela tanto. Y lo que considera de más valor, se convierte en su dios. Anhelar es un acto de adoración... y eso que más se anhela es justamente esa adoración, esa honra debida sólo a Dios. Anhelar cualquier cosa *más o tanto* como anhelar a Dios es idolatrarla, es postrar el corazón ante ella y adorarla como sólo Dios debe ser adorado. Sólo él debe ser el objeto anhelado por sobre todas las cosas como lo fue para David (Sal. 27:4).

**10. Deleite.** Convertimos en nuestro dios a aquello que *más nos deleita* y más alegría nos produce porque el deleite trascendente es un acto de adoración del cual sólo Dios es digno. Y este sentimiento, en toda su plenitud, se llama glorificar. Nos gloriamos en aquello que nos deleitamos por sobre todas las cosas y esa es una prerrogativa que el Señor impugna (1 Co. 1:31; Jer. 9:23, 24). Alegrarnos en nuestra sabiduría, fuerza y riqueza más que en el Señor, es idolatría. Deleitarnos más en nuestras relaciones, cónyuge o hijos, en confort y comodidades externas, en lugar de hacerlo en Dios, es adorarlos tal como deberíamos adorar sólo a Dios. Deleitarnos en cualquier tipo de pecado, inmundicia, intemperancia y actividad terrenal que en los caminos de Dios, que en esos servicios espirituales y celestiales en que podemos disfrutar de Dios, es idolatría.

**11. Celo.** Convertimos en nuestro dios aquello por lo cual sentimos *más celo* porque tal celo es un acto de adoración del cual sólo Dios es digno. Por lo tanto, es idólatra ser más celosos de nuestras propias cosas que de las cosas de Dios, ser entusiastas por nuestras propias causas e indiferentes a la causa de Dios, ser más ardientes por nuestros propios méritos, intereses y logros que por las verdades, los caminos y la honra de Dios; ser fervientes en espíritu, persiguiendo nuestros propios intereses, promoviendo nuestros designios, pero tibios e indiferentes en el servicio de Dios; considerar intolerables los reproches, las calumnias e injurias de las que somos objeto, pero no demostrar nada de indignación cuando Dios

es deshonrado, cuando su nombre, su Día, su adoración son profanados y cuando sus verdades, caminos y pueblo son injuriados.

**12. Gratitud.** Convertimos en nuestro dios a aquello por lo cual sentimos *más gratitud* porque la gratitud es un acto de adoración. Adoramos aquello por lo cual estamos más agradecidos. Podemos sentir agradecimiento por otras personas, podemos reconocer la ayuda que significan tantos medios e instrumentos; pero si allí nos quedamos y no nos elevamos más allá de nuestra gratitud y reconocimiento; si el Señor no es recordado como aquel sin quien nada es posible, es idolatría. El Señor acusa de idólatras a los que hacen esto (Os. 2:5, 8). Por lo tanto, cuando atribuimos nuestra prosperidad y riquezas a nuestro propio esfuerzo y trabajo; nuestro éxito a nuestro propio discernimiento y diligencia cometemos idolatría. Cuando adjudicamos la solución de nuestros problemas a nuestro amigos, medios y recursos, sin mirar más allá, o no tanto a Dios como a estos, los estamos idolatrando y ofreciendo sacrificios a ellos, tal como lo expresa el profeta (Hab. 1:16). Atribuir aquello que proviene de Dios a las criaturas, es colocar lo creado en el lugar del Creador, y eso es idolatría (Ro. 1:25).

**13. Cuando nos *interesamos y desvelamos* más por otras cosas que por Dios caemos en la idolatría.** Nadie puede servir a dos señores. No podemos servir a Dios y a las riquezas, ni a Dios y nuestras concupiscencias al mismo tiempo, porque servirnos a nosotros mismos y servir al mundo monopoliza los intereses, desvelos y esfuerzos que obligadamente deben ser consagrados al Señor si hemos de servirle como nuestro Dios. Y cuando estos son para el mundo y nuestras concupiscencias, les estamos sirviendo como deberíamos servir a Dios y, entonces, los convertimos en nuestros dioses. Cuando nos preocupamos y desvelamos más por complacernos a nosotros mismos y complacer a los demás que por complacer a Dios, nos ocupamos más de nosotros mismos y de nuestra posteridad que de ser más útiles a Dios, cometemos idolatría. Cuando estamos más interesados en lo que comemos, bebemos o vestimos, que por honrar y disfrutar a Dios, o de satisfacer las necesidades de la carne y sus deseos, que satisfacer la voluntad de Dios, somos idólatras. Cuando nos desvelamos más por promover nuestros propios intereses que los designios de Dios; por ser ricos, grandes o respetados entre los hombres que por el hecho de que Dios sea honrado y dado a conocer en el mundo, estamos formando dioses ajenos y alejándonos de Dios. Cuando estamos más interesados en cómo obtener logros del mundo que en cómo emplearlos para Dios; levantarnos temprano, acostarnos tarde, ser hacendosos para prosperar materialmente, mientras la causa, los caminos y los intereses de Cristo son objeto de poco o ningún esfuerzo de nuestra parte, es idolatrar al mundo, a nosotros mismos, nuestras concupiscencias y nuestras relaciones mientras que descuidados al Dios del cielo. Por todos estos intereses humanos, la

adoración y el servicio que se le deben tributar *sólo a él* son consagrados idolátricamente a otras cosas.

Aquel que por fin encuentra a Cristo y hace de él su meta principal aquietará su corazón, falte lo que le falte y pierda lo que pierda. Lo considera como su recompensa perfecta por todas sus lágrimas, oraciones, inquietudes, esperas y esfuerzos.

Tomado de “Soul Idolatry Excludes Men out of Heaven” (La idolatría del alma excluye del cielo al hombre), en *The Works of David Clarkson* (Las obras de David Clarkson), Tomo II, reimpresso por The Banner of Truth Trust.

---

**David Clarkson** (c. 1621-1686): Predicador y autor puritano. Colega de John Owen y su sucesor en el púlpito. Nacido en Workshire, Inglaterra.



## LA IDOLATRÍA CONDENADA

**Charles Spurgeon (1834-1892)**

*“Hijitos, guardaos de los ídolos. Amén” (1 Juan 5:21).*

**J**uan escribió mucho en esta epístola acerca del amor de Jesús y lo hizo bien porque sabía más de ese amor que cualquiera. No obstante, habiendo escrito acerca del amor de Jesús, fue movido por un celo intenso, no fuera que de algún modo el corazón de aquellos a quienes escribía se apartara del querido Amante de sus almas quien merecía todo su afecto. Y por lo tanto, no el amor a ellos solamente, sino también el amor a Jesús lo llevó a concluir su carta con estas significativas palabras: “Hijitos, guardaos de los ídolos”.

**Primero, *guárdense de adorarse a sí mismos.*** ¡Cuántos caen en este terrible pecado! Algunos por querer encontrar satisfacción en la comida y la bebida. Cuánto comer y, especialmente beber, hablando claro, ino es más que glotonería y borrachera! Hay cristianos profesantes que quizá nunca parecen alcoholizados, pero toman un traguito tras otro hasta que se les va a la cabeza, pero no lo aparentan por lo que uno ni sospecha que sean tomadores. Es una lástima que algunos que profesan ser cristianos se den ese gusto en la intimidad de su casa. Es escandaloso que exista un pecado como éste en la Iglesia de Dios. Amados, les insto que se aseguren de no

ofrecer sacrificios a la glotonería ni a Baco<sup>1</sup>. Si lo hacen, dan evidencia de ser idólatras que adoran a sus propias entrañas y que el amor de Dios no mora en ustedes.

**Hay otros que se adoran a sí mismos viviendo una vida de indolencia.** No tienen nada que hacer y lo hacen muy bien. Se toman sus descansos y esto es lo principal en que se interesan. Saltan de un placer a otro, de un entretenimiento a otro, de una vanidad a otra, como si esta vida fuera nada más que un jardín en el que las mariposas vuelan de flor en flor y no un ámbito donde hay trabajo serio que realizar y en el que la eternidad es la meta definitiva que hay que lograr. No se adoren a sí mismos perdiendo el tiempo como lo hacen los indolentes.

**Algunos se adoran a sí mismos adornando sus cuerpos con exageración.** Su primer y último pensamiento es: “¿Qué me pondré?”. No caigan en esta idolatría.

**Luego están otros que hacen ídolos de sus riquezas.** Obtener dinero parece ser al propósito principal de su vida. Ahora bien, es correcto que el cristiano sea diligente en sus ocupaciones, que su diligencia no sea menor que la de ningún otro al atender los asuntos de su vida. Pero es siempre lastimoso que digan: “Tal o cual persona se enriquece más año tras año, pero también es más y más avaro. Ahora ofrenda menos de lo que ofrendaba cuando sólo tenía la mitad de lo que tiene ahora”. A veces vemos a alguno como el hombre que, siendo comparativamente pobre, ofrendaba un peso; pero cuando se hizo rico daba un centavo.

**Algunos adoran su vocación.** Dan toda su alma a su arte o su llamado particular, sea cual fuere. En cierto sentido, esto es lo correcto, pero nunca debemos olvidar que el primer y gran mandamiento es: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente” (Mt. 22:37). Esto es lo que tiene que ocupar siempre el primer lugar.

**Hay algunos que hacen ídolos de sus familiares y amigos más queridos.** Permítanme tocar aquí un punto muy sensible. Algunos han hecho esto con sus hijos. Recuerdo haber leído la historia de un buen hombre que parecía no poder perdonar a Dios por haberle quitado a su hijo. Sentado durante una reunión cuáquera, con su cabeza inclinada y triste, llegó su momento de liberación cuando una hermana se puso de pie y dijo: “En verdad percibo que los hijos son ídolos”. Dicho esto volvió a tomar asiento. A menudo necesitamos este tipo de mensaje, aunque es lamentable que así sea. No hagan ídolos de sus hijos ni de su cónyuge porque, al colocarles en el lugar de Cristo, lo provocan a que se los quiten. Ámenlos todo lo que quieran (yo quisiera que algunos amaran a sus hijos

---

<sup>1</sup> **Baco** – dios mitológico del vino.

y a sus cónyuges más de lo que lo hacen), pero ámenlos de tal manera que Cristo tenga el primer lugar en su corazón.

El catálogo de ídolos que tendemos a adorar es muy largo... me llevaría mucho tiempo hacer una lista de las diversas formas que puede tomar la idolatría en el corazón del ser humano. Pero permítanme resumirlo en una sola frase: *Recordemos que Dios tiene derecho a todo nuestro ser*. No hay nada, ni puede haber nada que debiera ser más supremo en nuestros afectos que nuestro Señor. Y si adoramos algo o algún ideal, sea lo que sea, más de lo que amamos a nuestro Dios, somos idólatras, y estamos desobedeciendo el mandato del texto: “Hijitos, guardaos de los ídolos”.

**Para concluir mis observaciones sobre este punto, quiero decirles, amados, que se cuiden del ídolo del momento en lo que respecta a su fe.** Algunos hemos vivido bastante tiempo como para ver cuántas veces cambian los ídolos. En este momento, en algunas iglesias que profesan ser cristianas, el ídolo es el *intelectualismo, la cultura, el pensamiento moderno*. Sea cual fuere el nombre que llevan, esos ídolos no tienen derecho de estar en una iglesia cristiana porque son creencias que tienen muy poca o ninguna relación con Cristo. Ahora bien, tengo cierto respeto por incrédulos totalmente sinceros, como Voltaire<sup>2</sup> o Tomás Paine<sup>3</sup>. Pero no lo tengo en absoluto por el que va a la universidad con el fin de prepararse para el ministerio cristiano y luego afirma tener la libertad para dudar de la deidad de Cristo, la necesidad de la conversión, el castigo de los impíos y otras verdades que son esenciales para una proclamación íntegra del evangelio de Cristo. Alguien así tiene opiniones extrañas sobre la sinceridad. Y las tiene también el pastor que toma el púlpito y les predica a sus oyentes doctrinas que él no cree y que, sin embargo, para ellos son lo máspreciado de su vida. No obstante, en el momento que se le reclama que rinda cuentas por su incredulidad, clama: “¡Persecución! ¡Persecución! ¡Fanatismo! ¡Fanatismo!”. Si me encontrara con un ladrón en la puerta de mi cuarto y lo apresara hasta que llegara la policía, el ladrón me podría juzgar fanático porque no lo dejé robar mis pertenencias y porque interfirió con su libertad. Entonces, de la misma manera, soy llamado fanático porque no permito que alguien venga y robe de mi propio púlpito las verdades que me son máspreciadas que la vida misma. De hecho, estoy

---

<sup>2</sup> **Voltaire** (1694-1778) – Escritor y filósofo francés. Una de las figuras centrales de la Edad de Iluminación, anticristiano fervoroso y deísta. Cierta vez dijo que veinticinco años desde entonces, la Biblia habría sido olvidada y el cristianismo sería cosa del pasado. Cuarenta años después de su muerte, se publicaba la Biblia y literatura cristiana en la que había sido su casa.

<sup>3</sup> **Tomás Paine** (1737-1809) – Filósofo y escritor político norteamericano nacido en Inglaterra, quien abogó por la independencia de Estados Unidos de la sujeción de Inglaterra. Sus escritos influyeron sobre la Guerra de la Independencia Estadounidense y la Revolución Francesa.

dispuesto a darle a ese hombre la libertad de ir y anunciar sus puntos de vista en alguna otra parte a su propia costa. Pero no lo hará a costa mía, ni en medio de una congregación que yo reuní para guiarlos en la adoración a Dios y la proclamación de la verdad como las Escrituras la revelan. Manténganse apartados de este ídolo del momento, porque es precursor de muerte para cualquier iglesia que le permite la entrada.

Créame, mis hermanos, que la Iglesia de Cristo aprenderá, aunque no lo aprenda el mundo, que la cultura más elevada radica en el corazón cultivado por la gracia divina; que la ciencia más auténtica es Jesucristo y él crucificado; que el pensamiento más excelso y la más profunda de todas las metafísicas se encuentran al pie de la cruz y que los hombres que continúan predicando sencillamente y de todo corazón las sendas antiguas, son los que ciertamente obtendrán la victoria. Cuando los que navegan en una frágil embarcación que ellos o sus compañeros pecadores han construido, sin timón y sin piloto al mando, irán a la deriva y se estrellarán contra las rocas. En cambio, los que confían en el Señor y lo tienen como su Piloto, navegarán lejos de las rocas contra las que otros han encallado y naufragado, y serán llevados al buen puerto de paz donde descansarán eternamente.

Tomado de un sermón predicado en el Tabernáculo Metropolitano, Newington, en la noche del Día del Señor, 6 de septiembre de 1874.

---

**Charles H. Spurgeon** (1834-1892): Influyente pastor bautista en Inglaterra. El predicador más leído de la historia (excepto los que se encuentran en las Escrituras). En la actualidad, hay en circulación, más material escrito por Spurgeon que de cualquier otro autor cristiano, vivo o muerto. Nacido en Kelvedon, Essex.



## GUARDAOS DE LOS ÍDOLOS

**David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)**

*“Hijos, guardaos de los ídolos. Amén” (1 Juan 5:21).*

**H**ay eruditos que dicen que éstas son probablemente las últimas palabras de todas las Escrituras, si se toman en orden cronológico. No hay pruebas de que así sea, pero habría mucho que decir sobre esto. De cualquier manera, éstas son las últimas palabras de [Juan] quien estaba muy preocupado por la vida y el futuro de los

cristianos a quienes les estaba escribiendo. Las palabras de un anciano siempre merecen respeto y consideración; son palabras basadas en largos años de experiencia. Las últimas palabras de cualquier persona son importantes, pero las últimas de grandes hombres son excepcionalmente importantes y cuando las últimas palabras son de un Apóstol del Señor Jesucristo, tienen muchísima importancia.

Aquí tenemos a un hombre quien habla con base en sus extraordinarias experiencias. Es un anciano; sabe que el final está cerca, ve a este grupo de gente en un mundo hostil y quiere que vivan una vida victoriosa. Quiere que tengan un gozo que puede ser absoluto y les dirige sus últimas palabras, diciéndoles: “Hijitos, guardaos de los ídolos”.

Hay cosas en esta vida y este mundo que constantemente amenazan interponerse entre nosotros y el conocimiento de Dios. En otras palabras, nos guste o no, es una guerra, es una lucha de fe; hay un enemigo en contra de nosotros. Hacia el final de la carta, Juan nos recuerda al “maligno” cuyo objetivo supremo es interponerse entre nosotros y ese conocimiento. Y cómo lo hace? Por supuesto, tratando de que fijemos nuestra mente, nuestra atención y nuestro corazón en otra cosa. Es por eso que Juan termina con este tenor para advertirnos contra ese terrible peligro.

Por lo tanto, permítanme poner esto en la forma de tres proposiciones.

**La primera es que *el peor enemigo que confrontamos en la vida espiritual es la adoración a ídolos*.** El peligro más grande que todos enfrentamos no es cuestión de obras o de acciones, sino de idolatría.

¿Qué es idolatría? La manera más fácil de definirla es ésta: Un ídolo es cualquier cosa en nuestra vida que ocupa el lugar que debiera ocupar Dios únicamente... cualquier cosa que ocupa una posición controladora en mi vida es un ídolo.

Obviamente, puede ser un ídolo propiamente dicho, pero no se limita a eso, ¡qué bueno que así fuera! No, la idolatría puede consistir en tener nociones falsas acerca de Dios. Si yo estoy adorando mi propia idea de Dios y no al verdadero Dios viviente, eso es idolatría.

*Pero quiero recalcar que la idolatría puede asumir otras formas; es posible que adoremos nuestra religión en lugar de adorar a Dios.* ¡Qué cosa sutil es esta idolatría! Podemos creer que estamos adorando a Dios, cuando en realidad simplemente estamos adorando a nuestras propias prácticas y observancias religiosas. Siempre es un error cualquier tipo católico de religión que da importancia a hacer ciertas cosas específicas de ciertas maneras concretas, como por ejemplo levantarse muy temprano para ir a la primera misa del día. El énfasis puede ser más en esta *práctica* que en la *adoración* a Dios.

Digo eso sólo como ilustración. No se circunscribe a algo de corte católico, se encuentra también en círculos evangélicos. Es posible que adoremos, no sólo nuestra propia religión, sino nuestra propia iglesia, nuestra propia congregación, nuestra propia secta, nuestro propio punto

de vista. Éstas son las cosas que podemos estar adorando. La teología se ha convertido, a menudo, en un ídolo para muchos que, en realidad, han estado adorando ideas y no a Dios. A pesar de lo terrible que es esto, estoy seguro de que todos coincidirán en lo fácil que es olvidar la persona del Señor Jesucristo y circunscribir nuestra adoración a las ideas, a las teorías y a las enseñanzas relacionadas con él.

*Además, hay personas que adoran sus propias experiencias; no hablan de Dios, hablan de ellos mismos y lo que les ha sucedido teniendo siempre al yo en primer plano usurpando el lugar de Dios. Hay quienes adoran al estado o a ciertas personas en el poder. Existe una especie de misticismo que se ha ido desarrollando... hay quienes todavía adoran al estado, a su poder y a lo que éste puede hacer por ellos, viven para él, haciéndolo su ídolo, su dios.*

*O quizá el ídolo supremo es el yo, porque me imagino que en un último análisis podemos encontrar el origen de todos los demás en el yo. Las personas, por ejemplo, adoran su país porque es su país. No adoran otro país y eso es por una sola razón: Nacieron en este país en lugar de aquél. Se trata de ellos mismos. Sucede lo mismo con los hijos; es porque son sus hijos. ¿Y estos otros? Pues bien, se trata de la relación con los que significan algo para usted; siempre se trata del yo. Todos los santos a través de los siglos, así lo han reconocido. El ídolo definitivo con el cual debemos tener sumo cuidado es este horrible yo, la preocupación por nosotros mismos, poniéndonos a nosotros mismos en el lugar donde debiéramos poner a Dios. Todo gira alrededor de mí mismo, mis intereses, mi posición, mi desarrollo y todo lo que se deriva de eso.*

*El peligro más grande en la vida espiritual es la idolatría y el hecho que se infiltra en todas nuestras actividades. Se inmiscuye en nuestra obra cristiana. El peligro más grande que enfrenta el predicador detrás del púlpito, es la preocupación de querer predicar de cierta manera en particular. Se inmiscuye en todas nuestras actividades. Examinémonos a nosotros mismos mientras pensamos en estas cosas.*

**El segundo principio es que debemos guardarnos de esto.** “Guardaos”, dice Juan, la cual realmente significa que tenemos que mantenernos en guardia como si estuviéramos detrás de una barricada contra el horrible peligro de la idolatría. Ahora bien, notemos que Juan nos dice que esto es algo que tenemos que hacer nosotros, *nadie lo puede hacer por nosotros*. “Guardaos de los ídolos”. No es cuestión de decir: “El Señor se encargará de eso”. No, tenemos que mantenernos siempre en guardia, velar y orar. Debemos hacerlo teniendo conciencia de este terrible peligro. A primera vista, pareciera que Juan se está contradiciendo, porque en el versículo dieciocho dice: “Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca”. ¿Se está contradiciendo? No, estas cosas forman el equilibrio perfecto que siempre encontramos en las Escrituras de

principio a fin. Es sencillamente la manera como Juan está diciendo: “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:12-13).

*En otras palabras, tenemos que mantenernos en una relación correcta con él.* Si usted y yo mantenemos nuestra mente puesta en el Señor Jesucristo por medio del Espíritu Santo, no necesitamos preocuparnos. El Hijo de Dios nos protegerá y el maligno no podrá tocarnos. No tengo que enfrentarme con el maligno en una sola batalla, no estoy luchando directamente contra el diablo, por así decir. Lo que hago es mantenerme en esa relación correcta con Cristo y él vencerá al enemigo por mí. Tengo que cuidarme de que algún ídolo no esté recibiendo mi tiempo y energía, ni las cosas que debo dar a Dios. Tengo que estar constantemente en guardia... Debo velar por mi mente y entendimiento, debo velar por mi espíritu y mi corazón. Ésta es la labor más delicada del mundo. Es la tentación central, por lo que tengo que velar y orar constantemente, y mantenerme ahora y siempre en guardia.

**Esto me trae a la última proposición, la cual es esencialmente práctica. ¿Cómo haré esto? ¿Cómo me guardo de los ídolos?** Me parece a mí que los principios son muy sencillos.

*Lo primero que tenemos que hacer es recordar la verdad acerca de nosotros mismos.* Tenemos que recordar que somos pueblo de Dios, que somos los que Cristo ha comprado por precio y a costa de su sangre preciosa. Tenemos que recordar nuestro destino y el tipo de vida en que estamos inmersos y en el cual transitamos. Tenemos que recordar, como Juan nos lo recuerda en el versículo diecinueve, que “somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno”. En otras palabras, somos de Dios y pertenecemos a Dios, entonces tenemos que vivir para Dios y no para ninguna otra cosa. Sea lo que sea, no debo vivir para nada en esta vida y en el mundo. Puedo usar las cosas, pero no abusar de ellas. Dios me ha dado dones, pero si convierto a cualquiera de ellos en mi dios, estoy abusando de ellos; estoy adorando a la criatura en lugar del Creador. ¡Ay, qué tragedia sería si eso hiciera! La manera de evitarlo es tener conciencia de lo que soy, de ejercitar este “entendimiento” que Cristo me ha dado por medio del Espíritu Santo (v. 20). Tengo que recordar que no soy de este mundo y, por lo tanto, no debo vivir para el mundo ni adorar algo o alguien que pertenece a éste.

*O podemos expresar lo dicho como un segundo principio: Recordar la verdadera naturaleza de los ídolos.* Esa es la forma de evitar adorarlos y una muy buena manera de guardarnos de la idolatría. Miremos y consideremos lo que son, y esto es también algo que necesitamos que nos recuerden constantemente. Observemos las cosas a las que somos propensos a rendir culto y adorar; aun en el mejor de los casos, ¿lo merecen?, ¿existe en este

mundo transitorio algo que sea digno de nuestra adoración y nuestra devoción? Sabemos muy bien que no. En este mundo no existe nada que dure, todo es temporal, todo se encamina hacia un final. No hay nada duradero y eterno, nada de esto es digno de nuestra adoración. Todo esto son cosas que nos fueron dadas por Dios, entonces usémoslas como tales, no las consideremos dignas de toda nuestra devoción. ¿No es trágico pensar en un alma humana adorando el dinero, sus posesiones, su posición, el éxito, a otra persona, hijos o cualquier otra cosa de esta vida y mundo? Todo pasa. Hay sólo uno que es digno de toda adoración y ese es Dios.

*Y esto es lo último para recordar. La manera definitiva de evitar la idolatría es recordar la verdad acerca de Dios y vivir en comunión con él.* Cuando nos sintamos tentados a caer en la idolatría, pensemos una vez más en la naturaleza y la persona de Dios. Recordemos que es él quien nos da el privilegio de adorarlo y andar con él, conocerle y tener comunión y conversar con él, ser un hijo de Dios, seguir adelante y pasar la eternidad en su santa presencia.

A medida que tenemos conciencia de esta maravillosa posibilidad de conocer a Dios, todo lo demás se torna insignificante. En otras palabras, el consejo final del Apóstol, me parece a mí, puede expresarse así: Debemos luchar sin cesar para hacer que la presencia y la comunión con Dios sea una realidad. Hacer una realidad de su proximidad y su presencia, hacer una realidad de su comunión, saber que estamos con él y en él y, así, asegurarnos de que nunca nada ni nadie se interpondrá entre nosotros y él.

Tomado de *Life of God* (Vida de Dios), Tomo 5, en *Life in Christ: Studies in 1 John* (Vida en Cristo: Estudios en 1 Juan) por David Martyn Lloyd-Jones, © 2002.

Usado con permiso de CrosswayBooks, una división de Good News Publishers, Wheaton, IL 60187, [www.crosswaybooks.org](http://www.crosswaybooks.org).

---

**David Martyn Lloyd-Jones** (1899-1981): Probablemente el predicador expositivo más grande del siglo XX. Después de estudiar medicina exitosamente, estuvo a punto de ejercer dicha profesión cuando Dios lo llamó a predicar el evangelio. Sucesor de G. Campbell Morgan como pastor de Westminster Chapel, Londres, Inglaterra, 1938-68. Nacido en Gales.



# LA IMPIEDAD DE ATRIBUIR UNA FORMA VISIBLE A DIOS

Juan Calvino (1509-1564)

**D**ios se opone a los ídolos para que todos sepan que él es el único apto para dar testimonio de sí mismo. A fin de acomodarse al intelecto rudo y burdo del hombre, las Escrituras usan, usualmente, términos populares para lograr su objetivo de marcar una clara diferencia entre el Dios verdadero y los dioses ajenos. De manera específica se opone a los ídolos. No que apruebe lo que los filósofos enseñan con más elegancia y sutileza, sino para poder exponer mejor la insensatez y la locura del mundo en sus interrogantes relacionados con Dios, cuando cada uno se aferra a sus propias especulaciones. Esta definición exclusiva, que uniformemente encontramos en las Escrituras, anula toda deidad que los hombres conciben para sí mismos de *motu proprio*; *siendo que el propio Dios es el único apto para dar testimonio de sí mismo*. Dado que esta brutal estupidez se ha extendido por todo el globo, que los hombres ansían contar con formas visibles de Dios y, por ende, fabrican deidades de madera, piedra, plata y oro, o de cualquier otra materia muerta y corruptible, nosotros debemos mantener como un principio primordial que *toda vez que alguna forma es vista como Dios, su gloria se corrompe por una mentira impía*. En consecuencia, en la Ley, Dios se adjudicó la gloria de la divinidad a él mismo solamente; cuando pasa a mostrar qué clase de adoración aprueba y rechaza, agrega inmediatamente: “No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra” (Éx. 20:4). Con estas palabras frena cualquier intento licencioso que podemos hacer para representarlo por medio de una forma visible y enumera brevemente todas las formas por medio de las cuales la superstición había comenzado, aun mucho antes, de convertir su verdad en una mentira. Porque sabemos que el sol era adorado por los persas. Cada estrella que veían en el firmamento, representaba un dios para ellos. Para los egipcios, cada animal era una figura de Dios. También los griegos se vanagloriaban de su sabiduría superior de adorar a Dios bajo una forma humana. Pero Dios no hace nunca ninguna comparación entre imágenes como si una u otra fuera apropiada en mayor o menor grado; rechaza sin excepción toda forma e imagen y cualquier otro símbolo por el cual los supersticiosos imaginan que lo pueden acercar a ellos.

**2. Razones de esta prohibición expresada por Moisés, Isaías y Pablo.** Lo siguiente puede inferirse de las razones que el Señor anexa a su prohibición.

Primero, en los libros de Moisés dice: “Guardad, pues, mucho vuestras almas; pues ninguna figura visteis el día que Jehová habló con vosotros de en medio del fuego; para que no os corrompáis y hagáis para vosotros escultura, imagen de figura alguna” (Dt. 4:15-16), etc. Veamos con cuánta claridad Dios se pronuncia contra toda figura, para hacernos conscientes de que todo anhelo por tales formas visibles es rebelión contra él. Segundo, en cuanto a los profetas, basta con mencionar a Isaías, quien es el que más escribe sobre este tema (Is. 40:18; 41:7, 29; 45:9; 46:5), a fin de mostrar cómo la majestad de Dios es profanada por una ficción absurda e inapropiada, cuando él, quien es incorpóreo, es asimilado a la materia corporal, él, quien es invisible, a una imagen visible, él, que es espíritu, a un objeto inanimado y él, que llena todo espacio, a un pedazo miserable de madera, de piedra o de oro. En tercer lugar, también Pablo razona de la misma manera: “Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres” (Hch. 17:29). Por lo tanto, es evidente que cualquier estatua esculpida o cuadro pintado para representar a Dios le es totalmente desagradable, un insulto a su majestad. ¿Y es de extrañar que el Espíritu Santo breme tales respuestas del cielo, cuando compele a idólatras ciegos y miserables que hagan una confesión similar sobre la tierra? La queja de Séneca<sup>4</sup>, que Agustín<sup>5</sup> recoge, dice: “Dedican imágenes hechas de materia sin valor y sin movimiento a inmortales sagrados e inviolables. Les dan la apariencia humana, de bestias y peces, algunos les asignan los dos sexos en un mismo cuerpo o con partes del cuerpo mezcladas o heterogéneas. Los llaman dioses cuando, si tuvieran aliento y de pronto se los encontraran, los considerarían monstruos”.

Por lo cual, decimos nuevamente, que es obvio que los defensores de las imágenes se justifican con excusas vanas diciendo que se las prohibieron a los judíos por ser estos propensos a la superstición, como si la prohibición que el Señor fundamenta en sus propias esencias eternas y el curso uniforme de la naturaleza, pudiera limitarse a una sola nación. Además, cuando Pablo refutó el error de representar corporalmente a Dios, se estaba dirigiendo a los atenienses, no a los judíos.

Tomado de *Institutes of the Christian Religion* (Instituciones de la religión cristiana), Tomo I, xi. Traducción de Beveridge [al inglés] (1800).

---

**Juan Calvino** (1509-1564): Padre de la teología reformada. Durante su ministerio en Génova, que duró casi veinticinco años, Calvino dictaba conferencias a estudiantes de teología y predicaba un promedio de cinco sermones por semana. Escribió comentarios sobre casi todos los libros de la Biblia y numerosos tratados. Su correspondencia llena once tomos. Nació en Noyon, Picardía, Francia.

---

<sup>4</sup> **Lucio Anneo Séneca** (c. 4 a. de JC-65 d. de JC) – Filósofo y estadista estoico romano.

<sup>5</sup> **Aurelio Agustín**, obispo de Hipona (354-430) – Tomado de *City of God* (La ciudad de Dios).

# TRATADO SOBRE IMÁGENES MENTALES

Ralph Erskine (1685-1752)

*En el Despertar Evangélico de 1740, surgió una controversia en Escocia sobre el tema de imágenes mentales. El punto principal de la cuestión era: “¿Puede una imagen mental de Cristo ser idólatra?”. Estalló una guerra de panfletos entre James Robe (1688-1753), hombre usado por Dios en los avivamientos escoceses, y Ralph Erskine (1695-1752), uno de los predicadores más renombrados de su época. Esta guerra de folletos nunca llegó a una conclusión satisfactoria, sino que simplemente se fue esfumando. En general, nuestros sentimientos coinciden con Erskine. No obstante, mientras Mount Zion no apoya todo lo que Erskine arguye, creemos que sus argumentos en este pasaje seleccionado representan un concepto correcto basado en la Palabra de Dios con respecto a las imágenes mentales.*

**C**uando la adoración falsa prevalecía en la iglesia de la antigüedad para su propia ruina, Dios mostró a sus profetas lo que los ancianos de la casa de Israel hacían en tinieblas en sus cámaras pintadas de imágenes (Ez. 8:12). En ellas se retrataban todas las abominaciones con que era profanada la adoración a Dios y era corrompida la religión. La mayor parte de mi trabajo actual es echar una mirada a algunas de las cámaras con imágenes aún más secretas y escondidas, a saber, las imágenes mentales guardadas en que podemos ver muchas abominaciones por las que, tanto la doctrina de la fe espiritual como la adoración divina del evangelio, se han corrompido y la fe cristiana corre el peligro de acabar en la ruina. Desde esta cámara secreta de imágenes mentales o interiores han surgido todas las burdas iconografías externas que han existido en el mundo y, especialmente, en la iglesia cristiana por las cuales la iglesia de Roma terminó siendo anticristiana. Esas ideas imaginarias, que no son más que representaciones vanas acerca de cuerpos materiales, presentados ahora por el Sr. Robe<sup>6</sup> como pertenecientes al objeto de fe, son, en mi opinión, como una nueva apertura del pozo abismal, de cuyo humo salían langostas sobre la tierra (Ap. 9:2-3) porque en tanto estas ideas sean sacadas de su

---

<sup>6</sup> **James Robe** (1688-1753) – Predicador presbiteriano en la Iglesia Anglicana evangélica de Kilsyth, Escocia. Usado por el Señor en el avivamiento de aquel periodo, pero creía que para tener fe era necesario que hubiera una idea del aspecto físico del Cristo hombre.

propio lugar natural suponiendo que son útiles para los sujetos sobrenaturales de la divinidad, no son mejor que humo que sale de un pozo, oscureciendo el sol y el aire, corrompiendo la doctrina, eclipsando la luz de la verdad de Dios, tendiendo a cubrir la faz de la tierra con las tinieblas de los burdos errores y las vanas ilusiones.

[Estas ideas] establecen nuevamente un pretendido fundamento para extender la idolatría y superstición llenando la mente de las personas con nociones naturales y carnales de Cristo como hombre y, su obra y muerte, como acciones y sufrimientos humanos, como si tales nociones fueran útiles para asirnos de Cristo el Dios-hombre en sus obras de mediador que pone de manifiesto el evangelio. La gloria del evangelio es espiritual e invisible, no evidente a los sentidos y a la imaginación de los hombres. Nada hay en el evangelio que sea visible, excepto por fe, así como la luz del sol no es nada para los que no tienen ojos. Un perro guía o un bastón son de más utilidad para el ciego que el sol en el firmamento. El espiritualmente ciego y que carece de los ojos de la fe —o ha perdido la capacidad de ver por falta de usar o ejercitar sus ojos— no puede ver nada en el evangelio, no importa lo grande y gloriosas [que] sean las cosas que se dicen de él. La luz en las tinieblas resplandece y las tinieblas no la comprenden. La gloria de la imagen de Cristo como Dios en nuestra naturaleza, representada en la luz del evangelio, la podemos contemplar únicamente como por un espejo (2 Co. 3:18). Ninguna imagen de su cuerpo humano formado en la mente puede permanecer de pie delante de él tal como Dagón<sup>7</sup> no pudo hacerlo delante del arca de Dios. Así como Cristo está presente en el evangelio y presente como él mismo en su gloria personal, mediadora y sin igual, lo está sólo por nuestra fe y comprensión espiritual. Cerca de nosotros está la palabra, la palabra de fe (Ro. 10:6-8) de manera que nadie necesita decir que el Señor está ausente. ¿Y quién ascenderá al cielo para traerlo de allí o descender en lo profundo para levantarlo de entre los muertos? Cristo, por medio de su cuerpo humano, una vez estuvo aquí presente para ser percibido por los sentidos y experiencias naturales. Por su Espíritu divino, a veces está presente para el sentido y experiencia espiritual. Pero de ninguna manera está presente para nuestra fe, sino en el evangelio, el cual [aunque] lo veamos como por espejo, oscuramente, aun así es la mejor manera que se nos concede de verlo hasta que podamos verlo cara a cara (1 Co. 13:12).

Pero el Sr. Robe nos ha contado otro modo en que está presente Cristo, a saber, imaginarnos su naturaleza humana ahora en el cielo: [que deberíamos pensar en eso] de la misma manera como pensamos en cualquier persona ausente, y que es absolutamente *necesario* y de mucha ayuda para nuestra fe. Ésta es la nueva doctrina extraña y absurda

---

<sup>7</sup> **Dagón** – 1 Samuel 5:1-12.

publicada en la cuarta carta del Sr. Robe al Sr. Fisher<sup>8</sup>, y tenemos lo que podríamos llamar la sustancia de ella en el siguiente párrafo de esa carta, páginas 30 y 31.

“...he afirmado y afirmo que no podemos pensar en quién es realmente Jesucristo (dado que es Dios y hombre en dos naturalezas distintas y una persona para siempre), sin una idea imaginaria de él en su naturaleza humana, que consta de un cuerpo real y un alma razonable. El fundamento y las razones de esto es que no podemos tener una concepción justa del glorioso Mediador, si no tenemos una concepción o idea de él como el verdadero y eterno Dios. Igualmente, no podemos tener una idea clara de él como realmente hombre, si no tenemos una concepción e idea de él como un hombre humano y real al igual que como el verdadero y eterno Dios. El Mediador es tanto hombre como Dios (una concepción pura sin ningún tipo de representación de él como Dios en nuestra mente), de modo que no podemos concebir y tener una idea de él a nuestro entender como *hombre*, sino por aquello que se llama *idea imaginaria* de él en nuestra mente, por el ejercicio de nuestra imaginación. Así como podemos imaginarnos cómo era Enoc o Elías o cualquier otro hombre que está ahora en el cielo, así podemos imaginarnos cómo era Jesús. Por esta razón, la naturaleza humana de nuestro Señor y, particularmente su cuerpo glorificado y superexaltado<sup>9</sup>, tiene todas las propiedades esenciales de cualquier otro cuerpo y ningunas otras. Por lo tanto, si no podemos pensar de ninguna otra naturaleza humana o cuerpo humano, debido a nuestra constitución natural y la naturaleza de los cuerpos, sino por medio de una idea imaginaria cuando están ausentes (como de hecho no podemos), [entonces] tampoco podemos pensar en el Mediador como un hombre y su cuerpo ahora en el cielo, de ninguna otra manera. Entonces pues, cuando pensamos en nuestro Señor Jesucristo, quien para siempre es Dios y hombre en dos distintas naturalezas y una sola persona, tenemos que concebirlo como un hombre real y verdadero. Esto es lo que llamo una idea imaginaria de él. Y debo además, por un solo acto de mi entendimiento, concebirlo, no sólo como hombre, sino como el mismísimo verdadero y eterno Dios. Y, en tercer lugar, tengo que concebir lo humano, personalmente unido con la Divinidad en la segunda persona. Si cualquiera de estos tres faltan, no tengo una concepción del Mediador Dios-hombre como la que debo tener. [Sr. Fisher], por favor dígales a las personas sinceras y bienintencionadas en su próxima advertencia, que la verdad simple y llana de lo que he afirmado aquí es que *no podemos pensar en Jesucristo como realmente es* (Dios-hombre) *sin pensar en él como hombre y como Dios*, y con el uso de las mismas

---

<sup>8</sup> **James Fisher** (1697-1775) – Uno de los fundadores de la Iglesia Separatista en Escocia. No consideraba los avivamientos en Cambuslang como obras auténticas de Dios. Criticó públicamente la doctrina de James Robe, tal como lo hizo Erskine.

<sup>9</sup> **Superexaltado** – Se refiere a la alabanza elevada y magnificada a un grado superior.

facultades y poderes que usamos para pensar y concebir a otras personas”. [Aquí va una muestra de la extraña teología y filosofía del Sr. Robe].

Dice el Sr. Robe: “Hacer una imagen de la segunda Persona de Dios es, de hecho, expresamente prohibido. Pero prohibir *hacer* una imagen auténtica sería prohibir lo imposible; tampoco se prohíbe como si fuera burda idolatría. La *adoración* de semejante imagen es la idolatría prohibida. El hacer la imagen es prohibido por otra razón. No acusamos a los luteranos de burda idolatría porque *hacen* semejantes imágenes, aunque sí a los papistas porque las *adoran*”.

**Comentario:** El Sr. Robe no puede librarse del cargo de burda idolatría que menciona aquí porque, no sólo permite el hacer en su mente una imagen de la naturaleza humana de Cristo, sino que permite que se le rinda culto. Porque lo hace parte del objeto de la fe, siendo la fe la primera y principal parte de la adoración divina. De manera que en cuanto a esta cuestión, prueba ser un idólatra. No condena a los luteranos por ser *fabricantes* de imágenes, sino a los papistas por ser *adoradores* de imágenes. Pero en lo que concierne a la religión, fabricar y adorar cualquier estatua es igualmente prohibido por el Segundo Mandamiento. Porque si una imagen mental de la naturaleza humana de Cristo o sea, una idea imaginaria se permitiera como *necesaria* para tener fe, parecería que una imagen de fundición sería preferible a una imagen mental y la costumbre papal la preferible. ¿Por qué? Porque según el argumento papista: “Ver las cosas es más conmovedor que escucharlas”, de igual manera, la vista da un panorama más claro y un conocimiento más conmovedor de las cosas, es mejor que cualquier noción imaginaria e imagen mental de ellas. Así, ver la luz del sol con los ojos es una vista mucho más clara que tener los ojos cerrados y sólo percibir el sol en la mente e imaginación; o la imagen que, después de ponerse el sol y a medianoche, de él forma en la mente.

De igual modo, supongamos que dos hombres entran en una casa, uno tiene puesta una máscara y el otro no. La idea sensible que tenemos del rostro sin máscara es mucho más nítida y clara que la idea imaginaria que tenemos del rostro detrás de la máscara. Al enmascarado sólo lo podemos imaginar como un rostro semejante al de cualquier otro hombre. Pero no podemos tener una noción fehaciente de él como la tenemos del que tiene su cara descubierta. Todo lo cual prueba que sólo lo corpóreo<sup>10</sup> o un cuerpo humano puede ser representado mejor a la mente por medio de una imagen corporal externa, colocada delante de los ojos corporales. No pasa lo mismo con una imagen mental interior formada con la ayuda de una idea imaginaria. Y, consecuentemente, se podría suponer que sería mucho más útil que la imaginería interior del Sr. Robe, que de por sí, es más abominable porque es la madre, la fuente y el origen de lo antedicho.

---

<sup>10</sup> **Corpóreo** – Estado material o corporal; tener una existencia física.

De hecho, es la raíz de la cual toda burda idolatría en el mundo crece, como lo he indicado ya. Por eso Charnock<sup>11</sup>, hablando de Romanos 1:21, 23 dice: “Crearon imágenes vanas de Dios en su imaginación, antes de colocar idólatras representaciones de él en sus templos”. Y unos renglones antes dice: “Ponemos a trabajar ese poder activo de la imaginación y por allí sale nuestro dios, (un becerro) que tomamos como una noción de Dios... hay tantas imágenes esculpidas de Dios como hay mentes humanas, y tantas formas monstruosas como estas corrupciones en que lo transformamos”. Luego nos muestra cómo estas vanas imaginaciones relacionadas con Dios son peor que la idolatría y el ateísmo<sup>12</sup>. La burda idolatría en el mundo pagano no es peor que las vanas figuras de Dios en la imaginación, que en el mundo cristiano lo son las vanas imágenes del cuerpo humano de Cristo en la mente. Éstas abusan tanto del entendimiento y entenebrecen la mente que estropean todo concepto racional e intelectual y, en consecuencia, toda contemplación espiritual y creyente de la persona gloriosa de Cristo.

El Sr. Robe vuelve a decir: “Es imposible tener una idea imaginaria verdadera de Dios”. Pero agrega: “Afirmar que no podemos recibir a Cristo, tal como lo ofrece el evangelio, sin una concepción imaginaria de él como hombre, tiende a apartar a las personas del verdadero Cristo que anuncia la Palabra y llevarlas a un Cristo falso de la imaginación; esto es lo que usted [Sr. Fisher] no ha hecho el menor intento de probar, ni nunca podrá hacerlo”.

**Comentario:** Parecería muy fácil probar que lo que el Sr. Robe, tan audazmente piensa, nunca podría ser. Esto hago por medio del siguiente argumento sencillo: Afirmar que uno no puede creer en Cristo sin que necesariamente presente un Cristo falso a su imaginación, es desviar a la gente del Cristo verdadero en la Palabra hacia un Cristo falso en la imaginación. *Pero* afirmar que alguien no puede creer en Cristo sin un concepto imaginario o una idea de él como hombre, es afirmar que no podemos creer sin aquello que obligadamente nos presenta en la imaginación a un Cristo falso. Por lo tanto, afirmar que no podemos creer en Cristo tal como el evangelio lo ofrece, sin una idea imaginaria de él como hombre tiene la tendencia natural de desviar a las personas del verdadero Cristo en la Palabra hacia un Cristo falso en la imaginación. No veo nada que el Sr. Robe pueda negar aquí, sino que... su idea imaginaria de Cristo como hombre presenta necesariamente a la imaginación a un Cristo falso y, en consecuencia, tiene una tendencia de desviar al pueblo

---

<sup>11</sup> **Esteban Charnock** (1628-1680) – Autor puritano del conocido *The Existence and Attributes of God* (La existencia y atributos de Dios), reimpresso en 1979 por Baker Book House Company. Esta cita es del Tomo 1, pp. 155-156.

<sup>12</sup> **Ibíd.**, pp. 157-158.

del Cristo verdadero en la Palabra a un Cristo falso en la imaginación. Por lo tanto, doy prueba de esto por medio de los siguientes argumentos:

(1) **El Cristo verdadero en la Palabra es otra cosa distinta a la de un objeto corporal:** Pero un concepto imaginario de Cristo como hombre no es otra cosa, *sino* un objeto corporal. Por lo tanto, un concepto imaginario de Cristo como hombre, de hecho, tiene la tendencia de apartar a la gente del Cristo verdadero en la Palabra hacia un Cristo falso en la imaginación.

(2) **El Cristo verdadero en la Palabra es Dios-hombre.** Pero el Cristo representado en la imaginación como hombre no es el *Dios-hombre*. Por lo tanto, de hecho, como dice el punto anterior, conduce a crear un Cristo falso en la imaginación.

(3) **El Cristo verdadero presentado en la Palabra es mostrado allí como Profeta, Sacerdote y Rey.** Pero ningún concepto imaginario de Cristo puede tener oficio o relación alguna con su objeto. Por lo tanto, conduce a un Cristo falso en la imaginación.

(4) **El Cristo verdadero no puede ser visto en ninguna parte fuera de la Palabra.** Pero una cosa es tener una idea o concepción imaginaria y otra muy distinta verlo en la Palabra, la cual es espíritu y verdad, el objeto solo de fe y conocimiento racional. Por lo tanto, esa idea conduce a un Cristo falso en la imaginación.

(5) **El Cristo verdadero en la Palabra es Cristo en su totalidad.** Pero la concepción imaginaria de él como hombre no es una de un Cristo en su totalidad, sino sólo de un cuerpo humano. Por lo tanto, conduce a un Cristo falso en la imaginación.

(6) **La humanidad verdadera de Cristo en la Palabra es una humanidad divina, como lo expresa Agustín, porque la Palabra o Verbo, fue hecho carne y es Dios manifestado en nuestra naturaleza.** Pero, la concepción imaginaria de Cristo como hombre no puede incluir nada divino. Por lo tanto, una concepción imaginaria de Cristo como hombre tiene la tendencia de apartar a las personas del Cristo verdadero y la humanidad de Cristo en la Palabra y conducir las a un Cristo falso y a una humanidad falsa en la imaginación.

Los argumentos para estos fines son múltiples. Pero cualquiera de estos es suficiente para probar que lo que dice el Sr. Robe es una imposibilidad.

Luego le sigue una exposición magistral de la espantosa doctrina: “Es posible”, dice él, “tener una idea imaginaria de Cristo en su naturaleza humana, y no es posible que podamos pensar en la naturaleza humana del Cristo verdadero en la Palabra sin concebirlo o tener una idea de él en la mente con la ayuda y asistencia de esa facultad llamada imaginación, que es lo que hemos estado llamando ‘idea imaginaria’. Y éste es un Cristo tan verdadero como lo es Cristo en la Palabra, siempre que sea una idea de él que coincida con la Palabra. Por ejemplo, el Cristo verdadero nos es

presentado en esa Palabra, diciendo, ‘Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre’ (1 Ti. 2:5)”.

A lo que dice el párrafo anterior respondo: Tenemos aquí un lenguaje muy extraño y dos suposiciones muy absurdas y abominables.

La primera es *que podemos tener una idea imaginaria de Cristo, tal cual lo presenta la Palabra*. Esto es imposible según la [explicación] del mismo Sr. Robe, a menos que la idea de Cristo presentada en la Palabra no fuera más que un objeto corporal. Si las palabras de Cristo son espíritu y vida (Jn. 6:63), entonces su Palabra es un objeto espiritual que no puede ser alcanzado por poderes corporales, sino espirituales. La *Palabra* es el objeto de ese conocimiento y fe que pueden percibir verdades, la cual son todas cosas espirituales, pero no pueden ser el objeto de esa imaginación que nada percibe fuera de las cosas que son corporales.

En segundo lugar, supone él, y efectivamente de hecho, afirma con claridad *que el Cristo percibido por medio de una idea imaginaria es tan verdadero como el Cristo en la Palabra, si es una idea de él presentada en la Palabra*. He demostrado que una idea imaginaria de Cristo, tal como la presenta la Palabra, es absurda e imposible. Y ahora demostraré que esa otra expresión es vil y abominable. Y no tengo paciencia para leer una doctrina tan horrible que pretende que una representación de Cristo por medio de una imagen de él en la mente humana sea un Cristo como el que describe la Palabra de Dios. ¡Qué extrañamente aferrado a sus nociones imaginarias está el hombre que cree que su propia representación de Cristo en su mente es tan verdadera como lo es la representación de él en la Palabra divina! Fabrica su idea imaginaria para dárnosla como verdadera figura de Cristo tan infalible como la que Dios nos da en su Palabra. Si fuera así, entonces un Cristo corpóreo en la imaginación es tan legítimamente objeto de fe como lo es el verdadero Cristo, Emanuel, Dios con nosotros, que encontramos en la Palabra. En consecuencia, un Cristo *dentro* de nosotros es tan valedero como un Cristo *sin* nosotros. Con esto se abre una puerta amplia para un terrible entusiasmo<sup>13</sup> y un deplorable cuaquerismo<sup>14</sup> porque si el Cristo que podemos ver en nuestra imaginación es tan verdaderamente un Cristo como el de la Palabra,

---

<sup>13</sup> **Entusiasmo** – En griego, del cual se deriva esta palabra, significa “poseído por un espíritu divino”. Llegó a significar la creencia de que uno recibe una revelación personal y directa de Dios.

<sup>14</sup> **Cuaquerismo** – Fundado por George Fox en 1668. Su característica principal es el concepto de una Luz Interior, una iluminación directa proveniente de Dios, lo cual sus seguidores elevan a un nivel de autoridad espiritual superior a las Escrituras.

entonces no es más que un Cristo como el que fantaseaban los antiguos herejes Marción<sup>15</sup> y Valentino<sup>16</sup>.

Estamos seguros de que Cristo es exactamente lo que la Palabra de fe declara que es. Pero si Cristo es representado con cualquier tipo de naturaleza por cualquier idea y en su naturaleza humana por una idea imaginaria es un Cristo tan verdadero, entonces... (1) Cristo y la idea imaginaria de él son una misma cosa o Cristo es meramente una idea imaginaria, lo cual es terrible. (2) Según el número de ideas imaginarias es el número de cristos; es decir, en consecuencia Cristo no existe. (3) La idea imaginaria o la imagen de Cristo en la mente es el objeto de fe y adoración y debe ser deificada y adorada, la cual es la más burda de las idolatrías. (4) Uno mismo se puede fabricar un Cristo en su propia cabeza, cada vez que se le ocurra.

Cristo mora en el corazón por fe (Ef. 3:17) o sea por fe en su Palabra, donde, sólo por gracia por medio de esa fe, el creyente ve al Cristo verdadero. Pero no puede verlo en su corazón o afectos y mucho menos en su cabeza o imaginaciones. De hecho, el verdadero creyente puede sentir a veces a Cristo gozosamente en su corazón después de haber creído (Ef. 1:13), pero nunca puede *verlo* allí como base para creer en él porque la fe *no puede ver más que en su Palabra su figura perfecta*. En ninguna otra parte se ve al verdadero Cristo como objeto de fe: “La justicia que es por la fe dice así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? (esto es, para traer abajo a Cristo); o, ¿quién descenderá al abismo? (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos). Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos” (Ro. 10:6-8).

El autor del sermón titulado *How Is the Practical Love of Truth the Best Preservative against Popery?*<sup>17</sup> (¿Cómo es la práctica del amor a la verdad el mejor antídoto contra el papismo?), dice estas palabras después de citar este texto de Pablo: “La pregunta es: ¿Cómo podemos ser hechos partícipes de Cristo y su justicia por medio de él? ¿O cómo podemos tenerlo presente con nosotros? Esto, dice el Apóstol, es realizado por la palabra del evangelio que es predicado, que está cerca de nosotros, en nuestra boca y en nuestro corazón. ‘No’, dicen estos hombres, ‘no entendemos cómo puede ser así, no vemos que sea así, que Cristo esté cerca de nosotros,

<sup>15</sup> **Marción** (c. 160) – Hereje del siglo II y fundador de iglesias que rivalizaban con el cristianismo ortodoxo. Según Marción, Cristo no nació, sino que simplemente apareció. No tenía un cuerpo físico; sólo pareció sufrir; se levantó a sí mismo de entre los muertos.

<sup>16</sup> **Valentino** (c. 100-175) – Líder gnóstico del siglo II en Alejandría, Egipto, y originador del sistema gnóstico más influyente.

<sup>17</sup> *Puritan Sermons 1659-1689, Being the Morning Exercises at Cripplegate*, “How is the practical love of truth the best preservative against Popery?”. (Sermones puritanos 1659-1689, de los ejercicios matinales en Cripplegate, “¿Cómo es la práctica del amor a la verdad el mejor antídoto contra el papismo?”), por John Owen, Tomo 3, p. 217.

presente para nosotros por su Palabra; por eso ascenderemos al cielo para traer abajo a Cristo desde lo alto porque haremos imágenes de él en su estado glorioso en el cielo y, de esta manera, estará presente para nosotros o cerca de nosotros. Haremos lo mismo descendiendo a lo profundo para levantar a Cristo de entre los muertos y todo lo haremos fabricando crucifijos primero y luego imágenes de su gloriosa resurrección, trayéndonos a él nuevamente de entre los muertos. Esto será en lugar de aquella palabra del evangelio, que pretenden que sólo es útil y eficaz para estos fines”. Y un poco más arriba de esta cita están estas palabras: “Siendo sus mentes entenebrecidas, carnales y proclives a la superstición, como son las mentes de todos los hombres por naturaleza, no ven nada en la representación de él (es decir, Cristo) en el evangelio, que tenga algún poder sobre ellos o que en alguna medida los afecte. *En estas imágenes, por medio de la vista e imaginación, encontraron lo que realmente obra sobre sus afectos, y, tal como pensaban, los estimuló para que amaran a Cristo*”.

Aquí está la fuente y raíz de toda la adoración de imágenes en el mundo, ya sea mental o externa; ninguna de las cuales puede dar una representación del Cristo verdadero de quien sólo tenemos una representación verdadera y espiritual en la palabra del evangelio.

Quiera esta generación ser liberada de una fe, religión y conversión imaginarias. Dicha dimensión de fe no unirá a nadie con el Cristo verdadero, ni llevará a nadie al cielo verdadero, ni lo librá de la influencia de vanas ilusiones, en lugar de la doctrina del evangelio; de la basura carnal, en lugar de la verdad espiritual y de la verdad según la imaginación del hombre, en lugar de la verdad según Jesucristo y su santa Palabra, la única regla para indicarnos cómo podemos glorificar y disfrutar a Dios.

Tomado de *Faith No Fancy or A Treatise of Mental Images* (Fe, no vana ilusión o Un tratado sobre imágenes mentales), W. & T. Ruddimans, Edinburgo

---

**Ralph Erskine** (1685-1752): Uno de los predicadores más populares en la Iglesia de Escocia de su época. Junto con Thomas Boston participó en la Marrow's Controversy (Controversia de Médula). Sus sermones estaban llenos del amor de Dios y los llamados de Cristo en el evangelio. Su publicación más extensa fue *Faith No Fancy or A Treatise of Mental Images*. Nacido en Monilaws, Escocia.



# ADORACIÓN IDÓLATRA

John Flavel (c. 1630-1691)

**N**o tenga usted nada que ver con la idolatría y superstición, sea cual fuere el nombre bajo el que se le presentan: En esto, necesita ser sumamente cauteloso y circunspecto.

(1) **Porque es algo que obra sigilosamente a través de pretensiones e insinuaciones plausibles** (2 P. 2:1; Ef. 4:14; Col. 2:23). Hay algo escrito acerca de este [misterio] en la frente de la ramera (Ap. 17:5). Tal como comenta el Dr. Usher<sup>18</sup>: “La apostasía romana se coló disfrazada sigilosa y gradualmente en la iglesia”. Es un misterio de iniquidad, dice el Apóstol, y un misterio en acción (2 Ts. 2:7). Sí, iniquidad, pero una iniquidad mística porque se presenta disimulada y oculta bajo el nombre y la apariencia de piedad y fidelidad; las prácticas idólatras tienen reputación de ser sabias (Col. 2:23). Dice Davenant<sup>19</sup> sobre [este pasaje]: “Su aparente modestia no pretende una revelación inmediata del Espíritu”. No obstante, por si acaso sus decretos e invenciones no pueden pretender ser de sabiduría divina, dicen que sus doctrinas y tradiciones no se consignan en los escritos de los apóstoles, sino que son entregados por una voz vívida, por la que “hablamos sabiduría entre aquellos que son perfectos”. Y cada uno llama sabiduría a sus propias invenciones. Dice Ireneo<sup>20</sup>: “Por lo tanto, a veces bajo el pretexto de sabiduría, orden, decencia, tradiciones apostólicas, antigüedad, el poder de la iglesia, etc., se acerca sigilosamente a los hombres sin que lo perciban, especialmente por lo corrupta que es su naturaleza”. Con este propósito, podemos ver que Babilonia, la Madre de las Rameras, tiene el vino de su fornicación en un cáliz de oro (Ap. 17:4). El vino en sí es placenteramente tentador, pero aún más cuando es presentado en una copa de oro, con el borde azucarado y endulzado para hacerlo más delicioso. Por lo tanto, hijitos, ustedes, almas sencillas, simples y crédulas, fácilmente atraídas por cosas hermosas que deslumbran, cuídense.

---

<sup>18</sup> **James Ussher** (1581-1656) – Pastor y erudito protestante irlandés. Opositor vehemente del catolicismo romano; no obstante, era respetado por todos por su carácter dulce y la asombrosa amplitud de su erudición.

<sup>19</sup> **John Davenant** (1572-1641) – Pastor puritano, autor de un comentario famoso sobre Colosenses.

<sup>20</sup> **Ireneo** (c. 140-202) – Obispo de Lyon en las Galias en el siglo II. Considerado por muchos como el primer teólogo sistemático.

(2) **Porque no hay nada que provoque e inflame más que esto, la ira ardiente del Señor, quien es un Dios celoso.** Provoca su ira y enciende su furor consumidor (Ez. 38:18; 43:7-9). De la siguiente manera, el Dios bendito se queja de las acciones de los hombres como si su corazón estuviera destrozado: “Yo me quebranté a causa de su corazón fornicario que se apartó de mí, y a causa de sus ojos que fornicaron tras sus ídolos” (Ez. 6:9). Una sola mirada indecorosa a un ídolo, hiera a Dios en lo más profundo. Cuando ve a su pueblo cediendo a la tentación lanza un alarido de dolor, por así decir, y clama: “¡Ay! ¡No hagan esta cosa abominable que aborrezco!”. Ay, que tuvieran ustedes el corazón de un niño y no hicieran lo que destroza el corazón de su padre.

**Pregunta:** ¿Pero qué quiere decir usted al hablar de idolatría y superstición? Es de esperar que no se estén practicando entre nosotros las cosas de las cuales son culpables los paganos y los papistas.

**Respuesta:** Permítanme explicarles dos cosas y, entonces, quizá puedan verlas más cerca de ustedes de lo que pensaban, y consideren esta advertencia como una palabra a tiempo.

*Idolatría* entonces, según la definición correcta y generalmente comprendida, es el culto religioso rendido a aquello que no es el Dios verdadero o al Dios verdadero mismo, pero de una manera distinta que la ordenada en su Palabra. Por lo tanto, vemos claramente que una adoración puede ser idólatra de dos maneras:

(1) **Con respecto al objeto:** Si la adoración tiene como su objeto a algo que no es el Dios verdadero, es una burda idolatría que condena el Primer Mandamiento o sea, idolatría pagana, la cual, a la luz del evangelio, hace tiempo que ha sido echada fuera y expulsada de estas regiones del mundo.

(2) **Con respecto a la manera:** Cuando adoramos al Dios verdadero, pero de un modo que él no ha ordenado en su Palabra, sino que es algo inventado y trazado por nosotros mismos. Esto se condena como idolatría en el Segundo Mandamiento: *No te harás* o sea, por tu propio cerebro, tu propia cabeza, *imagen*, bajo cuyo título todas las invenciones humanas que corrompen la adoración pura y sencilla a Dios se prohíben considerándolas idólatras. El hecho de inventarnos o hacernos imágenes es idolatría (Am. 5:26; Núm. 15:39). Por lo tanto, el becerro de fundición se convirtió en un ídolo para los israelitas —no porque fuera objeto de adoración, porque se ve claramente que era a Jehová, el Dios verdadero, a quien tenían intención de adorar con el becerro— como podemos ver en Éxodo 32:4-5: “Mañana será fiesta para Jehová”. El problema era que por ser la manera que ellos mismos inventaron de adorar al Dios verdadero; aquello era idolatría.

**Y esta adoración a Dios, de maneras inventadas por nosotros, es idólatra por dos razones:** (1) *Es diseñada por nuestra propia voluntad* o sea que tal adoración no tiene otro fundamento o razón que la voluntad del

hombre (Col. 2:23) y, entonces, destrona a Dios, poniendo la voluntad humana por encima de la divina, y otorgando a las criaturas el honor que sólo le pertenece a la soberanía y gloria inmarcesible del Dios bendito. Porque la soberanía absoluta de Dios, la cual es su gloria (1 Ti. 6:15) se manifiesta de manera especial en dos cosas: En sus decretos (Ro. 9:20) y en sus leyes (Is. 33:22; Stg. 4:12). El Señor es nuestro Rey y Legislador, y hay un solo Legislador. Ahora bien, al prescribir cualquier cosa basados en nuestra autoridad, en lo que a adoración se refiere, anulamos los mandatos de Dios (Mt. 15:6) y despreciamos su ley real. El trono de Dios es invadido por las criaturas, que quieren ser legisladores también, lo cual no puede ser, como no puede ser que en el cielo haya dos soles; y el resultado es que Dios es olvidado, como dice Oseas 8:14: “Olvidó, pues, Israel a su Hacedor, y edificó templos” o sea que edificaron [templos] cuando Dios había determinado un solo templo. Y por esto, la indignación y la ira de Dios se manifestaron de una manera tan terrible contra usurpadores como Nadab y Abiú porque Dios es un Dios celoso, siendo los celos algo que conocemos por ser también un sentimiento humano que provoca indignación. Dios considera esto [lo que dice Oseas] como la maldad más grande y descarada que la criatura puede cometer. “Toda la maldad de ellos fue en Gilgal” (Os. 9:15) o sea que aquello era la peor maldad posible porque adoraban al Señor según el gusto de ellos, lo cual era una afrenta a la sabiduría y soberanía de Dios que de ninguna manera podía tolerar. Esto se llama poner nuestro umbral junto al umbral del Señor (Ez. 43:8). Y cuanto más se acerca éste a él, más lo provoca. Por eso, dice en el mismo texto: “Poniendo sólo una pared entre mí y ellos” o sea que levantó una pared entre ellos como, por lo general, se interpreta o quiere destacar cómo Dios es provocado cuando se acercan tanto a él con sus invenciones. En hebreo dice: “Había una pared entre yo y ellos”. Con esto, se hace evidente que las ceremonias doctrinales y simbólicas, me refiero a ritos y ceremonias que se incluyen en la adoración a Dios, que tienen un significado espiritual sólo por autoridad del hombre, son mezclas y agregados idólatras y cosas similares que provocan terriblemente a Dios. Toda la libertad que las Escrituras nos dan es sólo esta: Observar y realizar aquellas cosas que Dios ha instituido de una forma ordenada y apropiada (1 Co. 15:46) y no pretender adorar a Dios con todas las innovaciones que nos plazcan.

Y además (2), *es idólatra también porque la insolencia atrevida de los hombres al adorar a Dios a su propia manera revela sus nociones y sus conceptos burdos y carnales acerca de Dios.* Idear una manera carnal y pomposa de adorarle significa que, primero, hemos establecido un ídolo en nuestra imaginación, alguien como nosotros y totalmente distinto al Dios verdadero, quien es el Ser más sencillo, puro y espiritual, y como tal debe ser adorado (Juan 4:24). Pero al idear una manera tan carnal de adorar, pienso que es obvio que hemos creado otro dios, uno de fantasía,

totalmente distinto del Dios que nos revela la Palabra. En cuanto a esto, Josué le dijo al pueblo: “No podréis servir a Jehová, porque él es Dios santo, y Dios celoso; no sufrirá vuestras rebeliones y vuestros pecados” (Jos. 24:19). No se puede servir al Dios verdadero hasta tener un concepto correcto de él. Hay los que fantasean que Dios es todo misericordia, como si a la par de su compasión, no tuviera justicia o rectitud para hacerles rendir cuentas de sus pecados y, en consecuencia, no hacen más que adorar a un ídolo concebido en su propia imaginación, en lugar del Dios verdadero. Y si observamos detenidamente el tema, parece ser también idolatría, someternos y reconocer la autoridad soberana de una criatura para establecer leyes para la adoración e hincarnos ante un dios imaginario o un ídolo, fruto de nuestra propia fantasía, al punto de inclinarnos ante a una imagen de fundición o tallada en madera y adorarla.

Por lo dicho, podemos ver la naturaleza de este segundo tipo de idolatría, al igual que su origen y proliferación. No es más que el corazón orgulloso y carnal del hombre, que no está dispuesto a mantenerse dentro de los límites de la Palabra, por lo que descarta una manera espiritual clara y sencilla de adorar. En su lugar, se inventan nuevos ritos, ceremonias y formas de adorar a Dios más apropiados y agradables a la carne. Y de allí que en las Escrituras, la idolatría es considerada como obra de la carne (Gá. 5:20) porque el hombre natural, teniendo un corazón orgulloso y una imaginación activa, depende de los sentidos; y al no ser elevado y rectificado por la fe, da forma a conceptos y nociones carnales de Dios y después inventa una manera de adorar acorde con esas nociones suyas. De modo que, como alguien bien ha dicho: “Ésta es la fuente y el principio de todo error: que los hombres piensen que lo que les complace a ellos, complace a Dios, y que lo que les desagrade a ellos, seguramente le desagrade a él”. De modo que esta idolatría es concebida entre el corazón carnal y el diablo, quien, al no poder atraer a los hombres a la idolatría de antes, se esfuerza todo lo posible para enredarlos y profanarlos con esto, en parte por malicia hacia Dios, sabiendo qué cosa preciada es para él el que lo adoren y, en parte, por su plan de arruinar a todo el que se siente atraído a tomar este camino. Satanás sabe que los dolores del idólatra se multiplicarán y que Dios rara vez deja escapar a uno de ellos sin castigar (Sal. 16:4).

En resumidas cuentas, vemos claramente que la adoración puede ser correcta en cuanto a su objeto, pero idólatra con respecto a la manera de realizarla. Porque lo que, sin darle importancia, la criatura hace, pretendiendo un poder total, no sólo es despreciar la ley real, sino también una traición terrible contra Jesucristo.

Instituir algo, aunque sea la parte más pequeña de la adoración, por nuestra propia autoridad, sin apoyo o base en las Escrituras, es tan idólatra como si adoráramos a un ídolo... de modo que la adoración a

Dios está corrompida por una mezcla de ritos y ceremonias humanas doctrinales y simbólicas que Dios no ha ordenado para su adoración en su Palabra. Aunque nuestra adoración sea correcta en cuanto al objeto, es idólatra por la manera de realizarla. En esto tenemos que estar en guardia y tener cuidado porque es un punto crítico.

Toda la adoración instituida por Dios y cada parte de ella dependen enteramente de su voluntad soberana. Por lo tanto, nadie, fuera de Dios, puede alterar ninguna parte de ella porque nadie sabe lo que es aceptable a Dios, sino Dios mismo. Aquello que es de alta estima para el hombre, es una abominación para Dios.

La voluntad de Dios, que es el fundamento y regla de su adoración, se nos revela únicamente en las Escrituras, por lo cual es claro que en cuanto a la adoración todos tienen que aferrarse a la Palabra.

Por consiguiente, podemos ver la puerta por la cual entra la superstición y cómo se van agregando cosas nuevas no ordenadas. Inventar ritos y ceremonias, e incluirlas en la adoración a Dios, dándoles un significado y uso espiritual, es caer en superstición porque es algo distinto y fuera de lo que Dios ordena y requiere. Y así como toda el agua del Tíber no puede limpiar a los papistas de la suciedad de su idolatría y superstición en sus misas, altares, vestiduras y cruces; tampoco nada fuera de la sangre de Jesús puede limpiarnos a *nosotros* de lo mismo, si actuamos como ellos.

Tomado de “Antipharumacum Saluberrimum or A Serious and Seasonable Caveat to All the Saints in This Hour of Tempation” (Antipharumacum Saluberrimum o Una advertencia seria y oportuna a todos los santos en esta hora de tentación) en *The Works of John Flavel*, Tomo VI, reimpresso por Banner of Truth Trust.

---

**John Flavel** (c. 1630-1691): Inglés presbiteriano. Prolífero autor de obras evangélicas como *The Fountain of Life Opened* (La fuente de vida abierta) y *Keeping the Heart* (Cuidando el corazón). Nacido en Bromagrove, Worcester.



# EL ÍDOLO DEL LIBRE ALBEDRÍO

John Owen (1616-1683)

**Q**uemos ahora considerar al ídolo que es esta gran deidad llamada *libre albedrío* y cuyo origen no es conocido. Algunos pretenden que, como la imagen de Diana de los efesios<sup>21</sup>, el libre albedrío cayó del cielo y recibió sus atributos de lo alto. Pero si tenemos en cuenta lo insignificante que era al principio cuando fue descubierto, en comparación con la gran importancia que ha llegado a tener, podemos decir de él lo que dijo el pintor de su cuadro que llegó a ser algo monstruoso, luego de haberlo corregido o, más bien, cambiado y arruinado, siguiendo la opinión de todos los demás: “Es el producto de la mente de la gente”. Supuestamente, *Orígenes*<sup>22</sup> lo introdujo por primera vez en la iglesia, pero entre los muchos adoradores sinceros de la gracia divina, este presentador de nuevos demonios encontró poca aceptación. Lo veían como el tronco de Dagón, con su cabeza y manos colocadas ante el arca de Dios. sin cuya ayuda no podía saber ni hacer ningún bien de ninguna clase, pues seguía siendo considerado “el palo de una higuera, un pedazo inútil de madera”. Los padres de las épocas subsiguientes debatían mucho sobre qué uso debieran darle y la mayoría llegaba a la conclusión de que se dejara seguir siendo un palo hasta que, con el tiempo, apareció un fuerte campeón<sup>23</sup> desafiando en su nombre a toda la iglesia de Dios y, como un caballero errante, iba de este a oeste para enfrentar a cualquiera que se opusiera a su ídolo. Pelagio se topó con diversos adversarios, uno en especial<sup>24</sup>, quien, en el nombre de la gracia de Dios, frustraba continuamente sus esfuerzos y lo dejaba tendido en el suelo con la aprobación de todos los jueces legítimos reunidos en concilios y en la opinión de la mayoría de los cristianos comunes. No obstante, con su insidiosa sutileza, plantó tal opinión de la deidad del ídolo y de la autosuficiencia en el corazón de algunos que, hasta hoy, no ha sido posible arrancarlo de raíz.

Pues bien, después de la muerte de sus adoradores pelagianos, algunos de

---

<sup>21</sup> **Diana** – Hechos 19:24-35. diosa griega de la luna. Su templo en Éfeso era una de las siete maravillas del mundo antiguo.

<sup>22</sup> **Orígenes** (c. 185-254) – Teólogo y erudito bíblico de la iglesia griega primitiva.

<sup>23</sup> **Pelagio** (c. 354-420) – Monje inglés que mantenía que el ser humano es totalmente libre y bueno y que la gracia divina es otorgada en relación con el mérito humano. Sus puntos de vista fueron refutados como herejía en el Concilio de Éfeso (431).

<sup>24</sup> **Agustín de Hipona** (354-430) – Teólogo de la iglesia primitiva, nacido en Tagaste, África del Norte. Considerado por muchos como el padre de la teología ortodoxa; enseñaba la depravación del hombre y la gracia de Dios en la salvación.

los maestros de filosofía y teología de la Edad Media<sup>25</sup>, viéndolo expuesto desde su nacimiento al viento y el mal tiempo, a todos los ataques en su contra, por pura caridad y amor propio, le construyeron un templo y lo adornaron con luces naturales, méritos, operaciones independientes incontroladas y muchas otras alegres virtudes. Pero al comienzo de la Reforma — época fatal para la idolatría y superstición, al igual que para abadías y monasterios— el celo y erudición de nuestros antepasados, con la ayuda de la Palabra de Dios, arrasaron con este templo destruyéndolo totalmente. Era nuestra esperanza que, en sus escombros, el ídolo habría sido enterrado a tal profundidad que nunca más levantaría su cabeza para ser exaltada para detrimento de la iglesia de Dios. Pero tiempo después, algunos ocurrentes curiosos, cuyos estómagos débiles estaban henchidos de maná y aborrecían la leche sincera de la Palabra, rastrillando las ruinas en busca de algo novedoso, para desgracia, dieron con este ídolo y con no menos alegría que la del matemático al descubrir una nueva proporción geométrica, exclamaron: ¡Eureka! ¡Lo hemos encontrado! Sin más ni más, levantaron un santuario y hasta el día de hoy siguen ofreciendo alabanzas y acciones de gracias por todo el bien que le hace a la obra de sus propias manos<sup>26</sup>.

A fin de que el ídolo no volviera a la ruina, a la cual, sabían por experiencia, podía volver, le agregaron una *contingencia*, diosa nueva que ellos mismos crearon, que ha probado ser muy fructífera produciendo nacimientos monstruosos como fruto de su unión. No dudan de que jamás les faltará alguien para colocar en el trono y hacer soberano de todas las acciones humanas. De modo que, teniendo diversos triunfos en al menos mil doscientos años, conteniendo con la providencia y la gracia de Dios, se jacta ahora como si hubiera obtenido una victoria total. No obstante, todos sus éxitos son atribuibles a la diligencia y el barniz de sus nuevos cómplices con —¡para nuestra vergüenza sea dicho!— la negligencia de sus adversarios. No hay en él y su causa, más valor auténtico que cuando fue maldecido y quitado de la Iglesia. De modo que, aquellos que pueden, recorriendo laberintos de curiosas ideas, se encuentran que han sido como los novicios egipcios, quienes pasando por majestuosos frontispicios y cortinajes suntuosos con mucho celo y devoción, al final se encontraban con la imagen de un feo simio.

Sin embargo, no nos oponemos totalmente al libre albedrío, como si fuera sólo un fruto de la imaginación o como si fuera algo que no existe, *sino sólo en el sentido que le dan los pelagianos y arminianos*<sup>27</sup>. No argumentaremos sobre

---

<sup>25</sup> **Maestros de filosofía y teología de la Edad Media.** Conocidos también por su enseñanza escolástica, siendo Tomás de Aquino (1225-74) y Juan Duns Scoto (c. 1265-1308) sus exponentes.

<sup>26</sup> Una referencia a los seguidores de Arminio.

<sup>27</sup> **Arminianos/Jacobo Arminio** (1560-1609) – Teólogo holandés. Nacido en Oudwater, Holanda. Rechazó la creencia de los reformadores acerca de la predestinación

palabras. Aceptamos que, sustancialmente en todas sus acciones, el hombre tiene tanto poder y libertad como es capaz de tener una criatura creada. Aceptamos que es libre para tomar decisiones sin que se le obligue desde *afuera* y sin una necesidad natural *interior* de obrar según [su preferencia] y deliberadamente, adoptando espontáneamente lo que le parezca bien a él. Asimismo, no tenemos ningún problema que llamen a este poder: *Libre albedrío* o lo que les plazca, siempre y cuando no lo consideren supremo, independiente y sin medida. La selección de nombres depende de la discreción de los que los inventan.

Además, aun en cuanto a las cosas espirituales, negamos que nuestra voluntad tenga obstáculos o que algo pueda impedir que la cumplamos. Pero aquí decimos que, ciertamente, no somos verdaderamente libres *hasta que el Hijo nos hace libres...* no pretendemos tener una libertad al punto que nos hace despreciar la gracia de Dios, por medio de la cual realmente podemos obtener la verdadera libertad, la cual nos da más libertad, y no nos quita nada de nuestra libertad original. Pero esto lo digo después de haber mostrado qué ídolo han hecho los arminianos del libre albedrío. Y tomen nota de que al comenzar a hablar ahora de éste, no lo hago como algo que Dios creó *al principio* y que *ahora* se ha corrompido y, aun así, le adjudican más de lo que jamás abarca.

“En esto”, dice Arminio, “consiste la libertad de la voluntad, en que aun contando con todo lo requerido para capacitarla a tener la voluntad de lograr algo específico, no le importa si la lleva a cabo o no”. Y todos los participantes del sínodo<sup>28</sup> dicen: “Acompaña a la voluntad del hombre una propiedad inseparable que llamamos libertad y, por ende, la voluntad es llamada un poder, el cual, cuando todas las cosas consideradas como necesarias a su operación son satisfechas, puede o no aceptarla. ¡Es decir que, según esa creencia, nuestro libre albedrío tiene tal poder absoluto e incontrolable en la esfera de las acciones humanas, que ninguna influencia de la providencia de Dios, ninguna certidumbre de sus mandatos, ninguna inmutabilidad de su propósito, puede cambiar las determinaciones tomadas libremente ni tener poder de lo Alto para causarle que quiera o resuelva llevar a cabo alguna acción que Dios tiene la intención de producir por intermedio de él! Tomemos como ejemplo la gran obra de nuestra conversión. “Todos los hombres no regenerados”, dice Arminio, “tienen en virtud de su libre albedrío, el poder de resistir al Espíritu Santo, de oponerse a la gracia ofrecida por Dios, de rechazar el consejo de Dios en lo que a ellos mismos se refiere, de rechazar el

---

enseñando, en cambio, que la predestinación del individuo se basaba en el conocimiento previo de Dios sobre quién aceptaría o rechazaría a Cristo usando su libre albedrío.

<sup>28</sup> **Sínodo de Dort** – Un sínodo es una asamblea de oficiales eclesiásticos. Tal fue la reunión de los teólogos reformados de Dordrecht (Dort) en Holanda para refutar y condenar las enseñanzas de Jacobo Arminio y sus seguidores (remonstrantes).

evangelio de gracia, de no abrirle el corazón a él, que todo lo sabe”. ¡Qué ídolo tenaz es éste, que ni el Espíritu Santo, ni la gracia y el consejo de Dios, ni el llamado del evangelio tocando a la puerta del corazón, lo puede mover, ni aun en la medida más pequeña prevalecer contra él! ¡Ay de nosotros entonces, si cuando Dios nos llama, nuestro libre albedrío no tiene la inclinación ni la disposición de acudir a él! Pues parece que no hay ninguna otra manera de responder a él, por más todopoderoso que sea. “Porque reconozcamos”, dice Corvino<sup>29</sup>, “que a pesar de todas las operaciones de gracia que Dios puede usar para nuestra conversión, ésta permanece *bajo el poder de nuestra propia libertad* por lo que podemos no convertirnos; es decir que queda en nosotros el poder de arrepentirnos o no”. Dondequiera que el ídolo claramente desafía al Señor a obrar con todo su poder, después de haberlo hecho, le dice que, al final de cuentas, seguirá haciendo lo que quiere. Su presciencia<sup>30</sup>, su poderosa predeterminación, la eficacia moral del evangelio, la infusión de su gracia, la operación eficaz del Espíritu Santo, *todo esto es nada*, nada puede ayudar ni cambiar nuestra voluntad independiente en lo que respecta a lo antedicho. Bueno, ¿entonces en qué lugar hemos de colocar al ídolo?

“En alguien a quien ha llevado a pecar o a hacer lo que le place”, como sugiere el mismo autor. Pareciera que, en lo que al pecado se refiere, ¿entonces nada se requiere de él para hacer el bien que contar con el permiso de Dios? ¡No! Porque los Remonstrantes<sup>31</sup> “siempre suponen un poder libre de obedecer o no obedecer, tanto en el caso de aquellos que obedecen como de aquellos que no obedecen”, donde todos los méritos de nuestra obediencia, que nos hace diferentes de los demás, se nos atribuye a nosotros mismos y a ese poder que tenemos de elegir libremente.

Ahora bien, esto se aplica, no sólo al acto de obedecer, sino a la fe misma y su total consumación. “Porque si alguien dijera que todos los hombres en el mundo tienen el poder de creer, si esa es su voluntad, y de obtener salvación, y que este poder es parte de su naturaleza, ¿qué argumento tendríamos para refutarlo?”, le dice triunfalmente *Arminio* a Perkins<sup>32</sup>, confundiendo claramente el *sofístico innovador*<sup>33</sup>, la gracia y la naturaleza como siempre lo hizo Pelagio. Entonces, lo que los arminianos declaran aquí en nombre de su libre albedrío, es una *independencia absoluta*

<sup>29</sup> **Juan Arnoldo Corvino** – Seguidor de Arminio y uno de los que firmaron el documento de los remonstrantes.

<sup>30</sup> **Presciencia** – Conocimiento de acciones o eventos antes de que ocurran.

<sup>31</sup> **Remonstrantes** – El *remonstrante* es uno que protesta o rechaza. Los remonstrantes holandeses eran seguidores de Jacobo Arminio quien rechazaba la enseñanza de las iglesias reformadas y provocaron el Sínodo de Dort.

<sup>32</sup> **William Perkins** (1558-1602) – Teólogo puritano inglés influyente. Llamado por algunos el “arquitecto de los principios del puritanismo isabelino”.

<sup>33</sup> **Sofístico innovador** – El que introduce algo nuevo con argumentos elaborados y engañosos. Es una referencia a Arminio.

de la providencia de Dios al hacer cualquier cosa que sea y de toda su gracia al hacer lo bueno: Una autosuficiencia en todos nuestros actos y una neutralidad absoluta al hacer lo que queremos, que esto o aquello se superpone a cualquier influencia de lo Alto. De modo que, según esta creencia, las buenas acciones nacen de nuestra voluntad y no dependen en absoluto de la providencia de Dios como actos originados en su gracia porque son actos buenos, sino que en ambos casos proceden de un principio dentro de nosotros mismos que no son motivados de ninguna manera por un ser superior.

Ahora bien, rechazamos la primera premisa porque nuestra voluntad es *creada* y, en segundo lugar, porque es *corrupta*. El hecho de ser *creada* le impide hacer algo por sí misma sin la ayuda de la providencia de Dios y el hecho de ser *corrupta* le impide hacer algo bueno sin la gracia divina. *A menos que nuestra intención sea convertirla en un dios*, no podemos aceptar una operación autosuficiente o sea, sin la obra eficaz del Dios todopoderoso. Y no hemos de otorgar al hombre un poder de hacer el bien como lo tiene de hacer el mal, a menos que neguemos la caída de Adán y pensemos que todavía estamos en el Paraíso.

Tenemos, sí, un libre albedrío que es libre de toda compulsión externa y necesidad interna, que tiene la facultad de elegir aquello que le parece bueno, dentro de lo que comprende una elección libre. No obstante, está sujeto a lo decretado por Dios, tal como ya lo he demostrado. Es totalmente libre en todo lo que hace, tanto con respecto al objeto que escoge como al poder y facultad vital por los que obra infaliblemente de acuerdo con la providencia de Dios. Pero afirmar una independencia suprema y en todo sentido, ajena a cualquier sujeción, como pretenden los arminianos, que suponen que todas las otras cosas necesarias deben permanecer absolutamente en nuestro propio poder de voluntad, a hacer algo o no hacerlo, *es simplemente negar que nuestra voluntad está sujeta al gobierno del Altísimo...* contra tal exaltación de ese grado de independencia, me opongo:

*Primero, toda operación que sea independiente de cualquier otra cosa es puramente activa y, en consecuencia, un dios, porque nada, fuera de una voluntad divina, puede ser un acto puro, poseyendo tal libertad en virtud de su propia esencia.* Cada voluntad creada debe tener la libertad de *participación*, que incluye una potencialidad tan imperfecta que no puede ser activada sin la acción previa de un ser superior. Ni es esta acción extrínseca en perjuicio de todo libre albedrío, el cual requiere que el principio de funcionamiento interno se active y libere, pero no dice que éste no sea activado por un ser superior externo. Nada, en este sentido, puede tener un *principio independiente* de operación, si no cuenta con un *ser independiente*.

*Segundo, si los actos libres de nuestra voluntad están sujetos a la providencia de Dios a fin de usarla para cumplir su voluntad y, por medio de ellos, cumplir muchos de sus propósitos, entonces no pueden por sí mismos ser absolutamente independientes al punto de, por su propio poder, manejar cada circunstancia y*

*condición a su antojo.* Ahora bien, he dado prueba de lo anterior presentando todas las razones y los pasajes de las Escrituras para mostrar que la providencia de Dios invalida las acciones y determina la voluntad de los hombres para que libremente realicen aquello que él ha determinado. Y, por cierto que si fuera de otra manera, el dominio de Dios sobre la mayoría de las cosas en este mundo sería excluido: No tendría nada de poder para determinar algo que alguna vez pudiera suceder relacionado con lo que tiene que ver con la voluntad del hombre.

*En tercer lugar, la doctrina del libre albedrío es aceptable cuando se ejerce bajo la dirección de Dios “en quien vivimos, nos movemos y somos”, pero es idolatría cuando se ejerce sólo porque el hombre tiene la facultad de hacerlo.*

**Considerando ahora, en segunda instancia, el poder de nuestro libre albedrío en hacer aquello que es moralmente bueno,** encontraremos que, no sólo es esencialmente imperfecto, por ser *creado*, sino también es corrupto por un efecto contraído. La habilidad que los arminianos le adjudican en este sentido —de tener el poder de hacer aquello que es moral y espiritualmente bueno— es tanta que hasta lo declaran un estado de inocencia, aun el de un poder para creer el evangelio y el poder para resistirlo, de obedecer y no obedecer, y de volverse a Dios o no.

En las Escrituras, como ya he mencionado, no existe ese término [libre albedrío] ni ningún equivalente. En cambio, las expresiones que usa concernientes a nuestra naturaleza y todas sus facultades en esta condición de pecado y de falta de regeneración parecen implicar todo lo contrario: Que estamos “sujetos a servidumbre” (He. 2:15), “muertos en... pecado” (Ef. 2:1) y, por lo tanto “libres acerca de la justicia” (Ro. 6:20); “esclavos del pecado” (v. 17); bajo el reinado y dominio del mismo (vv. 12 y 14) y nuestros “miembros” siendo “instrumentos de iniquidad” (v. 13); que no somos verdaderamente libres hasta que el Hijo nos libere (Jn. 8:36); de modo que este ídolo que es el *libre albedrío*, en lo que respecta a cosas espirituales, no es ni un ápice mejor que los otros ídolos de los paganos.

Tomado de “A Display of Arminianism” (Una exposición del arminianismo)  
en *The Works of John Owen* (Las obras de John Owen), Tomo X,  
reimpreso por The Banner of Truth Trust.

---

**John Owen** (1161-1683): Llamado “El príncipe de los puritanos”, estaba comprometido con el estilo congregacional del gobierno de la iglesia. Era capellán en el ejército de Oliver Cromwell y vicerrector de la Universidad de Oxford, aunque la mayor parte de su vida la pasó como pastor de iglesias congregacionales. Sus escritos, que abarcan cuarenta años y llenan veinticuatro tomos, se cuentan entre los mejores recursos teológicos en el idioma inglés. Nacido de progenitores puritanos en la aldea de Oxfordshire de Stadham.



# ÍDOLOS ABOLIDOS

Charles Spurgeon (1834-1892)

*“Efraín dirá: ¿Qué más tendré ya con los ídolos?” (Oseas 14:8).*

**N**uestro texto *implica una confesión*. “Efraín dirá: ¿Qué más tendré ya con los ídolos?”. “¿Ya con ídolos?”. Entonces, Efraín, ¿hasta ahora tenías mucho que ver con ídolos? “Ay”, responde él con lágrimas en los ojos, “así ha sido”. El hipócrita quiere decir menos de lo que sus palabras expresan; en cambio, el verdaderamente arrepentido quiere decir mucho más de lo que sus palabras sinceras indican. La confesión de este texto es mucho más significativa porque es tácita, algo que brota de los labios con naturalidad.

*Presten mucha atención, queridos oyentes, porque quizá algunos de ustedes están adorando ídolos.* Entremos al templo de sus corazones y veamos si podemos encontrar allí algún dios falso. Entro a un corazón y, levantando allí la mirada, veo un ídolo gigantesco recubierto de oro y vestido con túnicas brillantes: Sus ojos son como joyas y su frente “como claro marfil cubierto de zafiros”; es un ídolo hermoso para contemplar. No se le acerquen demasiado, no lo analicen tanto, ni siquiera sueñen con hurgar su interior, pues no verán más que farsa y presunción. Encontrarán todo tipo de podredumbre y suciedad, mientras que el exterior del ídolo está adornado muy artísticamente y con la mayor pericia, al punto de que pudieran enamorarse de él al detenerse y contemplarlo.

¿Cómo se llama? Se llama *fariseísmo*. Recuerdo bien cuando yo mismo adoraba a este ídolo que mis propias manos construyeron, hasta una mañana, cuando encontré su cabeza destrozada y, con el tiempo, vi que ya no tenía manos y que el gusano lo estaba devorando; y el dios que adoraba y en quien confiaba había terminado siendo un montículo de basura y escoria, cuando yo había creído que era un cuerpo de oro puro, con ojos de diamantes. ¡Ay! Existen muchos hombres a quienes les ha sido dada esta revelación. Su ídolo todavía está en perfectas condiciones. Quizá es cierto que en la época de Navidad se desvían un poco y sienten que no se portan como debieran cuando sacan la botella y la pasan de mano en mano, pero después llaman al orfebre para que le dé al ídolo una capa nueva de oro y le recubra las áreas descascaradas. ¿Acaso no han asistido a la iglesia desde entonces? Pero, ¿acaso no o han asistido al culto la mañana de Navidad, poniendo así todos sus asuntos en orden? ¿No han elevado oraciones extra y donado un poquito más a obras de caridad? Así es como han limpiado de nuevo a su ídolo de modo que luce muy respetable. ¡Ah, es fácil ponerle

parches nuevos, mis hermanos, hasta que entre el arca del Señor y, entonces, ni todos los orfebres del mundo pueden mantener de pie al ídolo! Una vez que el evangelio de Jesucristo entra en el corazón del hombre, este ídolo comienza a caer y, al igual que Dagón, quien cayó y quedó decapitado y con las manos cercenadas delante del arca del Señor, el fariseísmo cae haciéndose añicos. No obstante, hay miles por todo el mundo que adoran a este dios y dicen al orar: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres” y cosas por el estilo, no exactamente con las palabras del fariseo, pero con un estilo semejante. “Señor, gracias porque le pago a todos veinticinco gramos por kilo y porque he criado a mis hijos con respetabilidad. Dios, te doy gracias porque he asistido regularmente a la iglesia o la capilla toda mi vida. Dios, te doy gracias, porque no digo malas palabras, ni soy un ebrio, ni nada parecido. Soy mucho mejor que la mayoría de la gente y, si acaso yo no llego al cielo, peor les irá a mis vecinos porque les falta mucho para llegar a ser tan buenos como yo”. Ésta es la manera como es adorada esta monstruosa deidad. No estoy hablando de lo que hacen en Indostán, sino en la idolatría de lo que está muy de moda en nuestro país. El dios del fariseísmo es el señor supremo en millones de corazones. Oh, que el Señor guiara a todo adorador de ese dios a decir: “¿Qué más tendré ya con este ídolo abominable?”.

*Otros tienen otros pecados favoritos.* No necesito nombrarlos todos. De hecho, no podría hacerlo sin ofender el sentido de moralidad de algunos, si mencionara ciertos vicios sin los cuales tanto hombres como mujeres sienten que no pueden vivir. Preferirían ser salvados *en* sus pecados, que *de* sus pecados. Adoran a Dios a su manera, dando el primer lugar a esa concupiscencia que tanto aman. Ay señores, no me importa qué clase de ídolo tengan, lo cierto es que si hay algo en este mundo que aman más que a Cristo, nunca contemplarán el rostro de Dios con alegría. Si hay algún pecado que quieren ustedes seguir cometiendo, les ruego que cambien de idea y dejen de cometerlo, aunque tengan que cortarse la mano derecha o quitarse el ojo derecho. Es mejor entrar mutilados o tuertos a la vida eterna, que ser arrojados al infierno con las dos manos y los dos ojos intactos. Tienen que renunciar a aquellos pecados que tanto aman si quieren disfrutar de Cristo.

*Veo en el corazón de algunos el amor al placer.* Ese dios está entronizado en muchos corazones. No son vencidos tanto por los pecados que calificamos como más burdos, sino por su liviandad y falta de seriedad. No pueden razonar, no quieren hacerlo. Dicen que se aburren si tienen que estar quietos. Les gusta estar siempre entretenidos, satisfechos, produciendo adrenalina. Pero ser amantes del placer, en lugar de amantes de Dios, es estar muertos en vida.

*[Algunos] han entablado relaciones ilícitas.* Forman vínculos prohibidos por la Palabra de Dios. Por ejemplo, he sabido de algunos que profesan

ser cristianos —Dios sabe si lo son o no— que han descartado el mandato de nuestro Señor de no unirnos en yugo desigual con inconversos y han seguido los dictados de la carne uniéndose con estos en matrimonio. Es cosa terrible estar casado con alguien del que uno sabe que al paso del tiempo tendrá que separarse para siempre, uno quien no ama a Dios y, por lo tanto, nunca podrá estar en su compañía en el cielo. Si éste ya es el caso de alguno de ustedes, sus oraciones tienen que elevarse al cielo día y noche para que su pareja querida pueda acudir a Cristo como su Señor y Salvador. Por otro lado, el que una persona joven creyente se una deliberadamente a otra que no lo es, significa colocar un ídolo en lugar de Dios. Habrá llanto y lamento antes de que pase mucho tiempo... cualquier forma de amor que compite con el amor de Cristo es idolatría.

*Muchísimos adoran a un ídolo llamado alabanza de los hombres.* Lo expresan así: “Oh, sí, tiene usted razón, pero comprenda que no puedo seguir a Cristo”. Bueno, ¿por qué no? “Porque no sé qué diría mi tío” o “a mi esposa no le gustaría”. “No estoy seguro cómo reaccionaría mi abuelo”. El temor a la reacción de los familiares o a la opinión pública mantiene a muchos esclavizados mental y moralmente. El temor a lo que opine la gente domina a muchos otros. Me dan lástima los que no se atreven a hacer lo que creen que es lo correcto. A mí me parece que la más grande de todas las libertades, la libertad por la cual Cristo nos hace libres, es la libertad de hacer y enfrentar lo que sea que la conciencia manda en su nombre. Pero muchos tienen que pedirles a otros que les permitan respirar, que les den permiso para pensar y de creer, sea lo que sea, por temor al “qué dirán”. La pequeña sociedad en que viven significa todo para ellos. ¿Qué va a pensar Fulano o Mengano? El obrero no se atreve a ir al lugar de adoración porque sus compañeros de trabajo le harían burla diciendo: “¡Oye! ¿Acaso no eres tú uno de esos evangélicos?”. Muchos hombres que miden 1.80 m. de estatura le tienen miedo a uno que mide la mitad que él. Tienen miedo que algún sujeto que no vale nada haga un chiste a sus expensas y ser objeto de un chiste les parece horroroso. ¡Ay, pobres almas! ¡Pobres almas!... estamos vivos después de los ataques que hemos sufrido y no estamos peor que antes; y lo mismo sucederá con ustedes, queridos amigos, si tienen el anhelo y la valentía de hacerle frente a lo que sea por el Señor Jesucristo. Este ídolo del temor al hombre devora a miles de almas. Es un ídolo sediento de sangre, tan cruel como cualquiera de los ídolos hindúes, “el temor del hombre pondrá lazo”; algunos de ustedes saben que son demasiado cobardes y no se atreven a hacer lo que saben que deberían hacer por temor a que alguien haga un comentario sobre lo extraños y lo raros que son. Dios les ayude a librarse de ese ídolo.

**El último punto es la pregunta definitiva:** “¿Qué más tendré ya con los ídolos?”. Digámoslo así: “¿Qué tengo que ver con ellos de aquí en adelante? Ya he tenido demasiado que ver con ellos. ¿Qué han hecho ya mis pecados por mí?”. Hermanos y hermanas, miremos objetivamente lo

que los pecados han hecho por nosotros a lo largo de nuestro peregrinaje. Hicieron que el hermoso Edén, ese jardín creado para nuestro deleite, se transformara en un desierto y nos convirtió en hijos de trabajo arduo y nos ha causado mucho dolor. ¿Qué ha hecho el pecado por nosotros? Nos ha quitado nuestra belleza y apartado de Dios, ha puesto como guardia al querubín flameante con la espada desenfundada para impedir que nos volvamos a acercarnos a Dios mientras vivamos en pecado. El pecado nos ha herido, arruinado, matado y corrompido. El pecado ha puesto la enfermedad en el mundo, cavado la tumba y alimentado al gusano. Oh pecado, tú eres la madre de todos los pesares, lamentos, suspiros y lágrimas que han existido en este mundo. Oh, pecado miserable, ¿qué tenemos que ver ya contigo? Ya hemos tenido demasiado de ti.

*¿Y no hemos tenido, ustedes y yo personalmente, ya demasiado de nuestros ídolos?* Afirmo decididamente que yo ya he tenido demasiado que ver con mi fariseísmo porque, oh, cuánto aborrezco pensar que alguna vez he sido tan necio como para pensar que había algo bueno en mí, que alguna vez soñara en volver a Dios con mi propia justicia. ¡Oh, no quiero ni pensarlo! No permita Dios que, ni siquiera por un momento, esté yo más que avergonzado de haberme jactado por lo que podía hacer, sentir o ser. ¿No se sienten ustedes humillados cuando recuerdan tal orgullo y engreimiento? ¿Qué tienen ya que ver con el ídolo de la justificación del yo? Nada. Ya nunca podemos inclinarnos ante esto.

*En cuanto a otros ídolos, ¿no han tenido ya bastante que ver con ellos?* El convertido que antes fue un ebrio dirá: “Ya he tenido bastante que ver con la copa de intoxicación. “¿Para quién el dolor?... ¿Para quién lo amaratado de los ojos? Para los que se detienen mucho en el vino” (Pr. 23:29-30; Isa. 5:22)”. El bebedor ya ha tenido suficiente de eso. Lo ha pagado caro y ahora ya no quiere volver a tener nada que ver con aquellos desenfrenos y excesos. El hombre que ha caído en el vicio, a menudo tendrá que admitir: “Me ha perjudicado corporal, mental y materialmente. ¿Qué más puedo querer tener que ver con eso?”. “Ay”, me dijo uno el otro día, “cuando vivía en pecado me resultaba tan caro que me llevará años recuperar lo que he malgastado con el diablo y conmigo mismo. No soy el hombre al servicio de Dios que pudiera haber sido, si no hubiera sido por eso”. ¡Ah, ya hemos tenido bastante de eso, más que bastante! No existe copa de pecado, por más dulce que nos pareciera antes de que fuéramos regenerados, que provoque otro sentimiento que el de ya no querer nada de eso, aun con sus burbujas brillando en la copa. Estamos hartos de eso, hartos hasta la muerte y, el solo nombrarlo, le da náuseas a nuestra alma. ¿Qué quiero tener ya que ver con ídolos cuando considero todo lo malo que los ídolos han hecho por mí?

Pero hay otra manera de considerar la pregunta: “¿Qué más tendré ya con los ídolos?”. ¿Pueden aguantar contemplar ese extraño cuadro: Tres patíbulos en la colina de un monte y en el del centro un hombre

maravilloso sufriendo una agonía horrorosa clavado a la cruz? Si lo observan, verán que hay una mezcla de majestuosidad en su sufrimiento que revela al instante que es su Señor. Sí, es el Esposo de sus almas, el más Amado de sus corazones, ¿Quién lo clavó allí? ¿Quién lo clavó allí, repito? ¿Dónde está el martillo? ¿De dónde aparecieron los clavos? ¿Quién lo clavó a la cruz? Y la respuesta es: *Nuestros ídolos fueron los que lo clavaron: ¡Nuestros pecados atravesaron su corazón!* Ay, entonces, ¿qué quiero ya con ellos? Si yo tuviera un cuchillo favorito y un asesino lo usara para matar a mi esposa, ¿les parece que volvería a usar ese cuchillo en mi mesa o que lo llevaría siempre conmigo? ¡Fuera con esa cosa maldita! Cuánto odiaría el solo verlo. ¡Y el pecado ha asesinado a Cristo! ¡Nuestros ídolos le dieron muerte a nuestro Señor! Permanezcan al pie de la cruz y contemplen su cuerpo moribundo, torturado, sangrando de sus cinco grandes heridas, y dirá cada uno de ustedes: “¿Qué más tendré yo con estos ídolos?”. El vinagre y la hiel, el sudor de sangre y los estertores de la muerte han divorciado a mi alma de todos sus antiguos amores y me han llevado a unir mi corazón para siempre con el Amado, el Rey de reyes. “¿Qué más tendré ya con los ídolos?”. Nada aparta al hombre del pecado, tanto como el sentido del amor y de los sufrimientos de Jesús. La gracia redentora y el amor hasta el punto de morir por nosotros hacen redoblar las campanas de la muerte para nuestras fornicaciones e ídolos.

*“En cuanto la fe al Señor puede ver, sangrando en la cruz por mí, todos mis ídolos desaparecen, Jesús me toma y llena el corazón”.*

Ahora bien, recordemos que no debemos ya tener nada que ver con ídolos porque los mismos pecados que llevaron a la muerte a nuestro Señor nos llevarán a la muerte a nosotros también. *Oh, hijos de Dios, nunca pecamos sin perjudicarnos a nosotros mismos.* Aun el pecado más pequeño que se desliza dentro de nuestro corazón, es un ladrón que quiere matar y destruir. El pecado nunca nos ha beneficiado, ni nunca lo hará. No, el pecado es veneno, veneno mortal para nuestro espíritu. ¡No lo toleraremos más ni por un instante! ¿Qué más tendremos ya que ver con él? Sabemos que es infernal, nada más que infernal, y lo es continuamente. Sabemos que perjudica nuestra fe, destruye nuestra alegría, marchita nuestra paz, debilita nuestras oraciones e impide que nuestro ejemplo beneficie a otros y, por todas estas razones, ¿qué más tendremos ya con ídolos?

Dentro de pocos meses, algunos de nosotros estaremos en el cielo o, aun quizá, dentro de pocas semanas. ¿Qué tenemos ya que ver con los ídolos? Mientras tanto que estamos aquí, el Señor nos ha elevado y nos ha hecho sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús. ¿Qué tenemos ya que ver con ídolos? Este día hemos sido aceptados en el Amado, somos los escogidos de Dios justificados por fe y nuestros nombres están escritos en las palmas de las manos de Jesús. ¿Qué tenemos ya que ver con ídolos? En realidad, la pregunta misma implica la respuesta. No tenemos nada con

ellos, excepto odiarlos, y cuando quieren asentarse en nuestro corazón, aun por un momento, destrozarlos con el poder del Espíritu eterno.

Amados, si Dios ha realizado una gran obra en ustedes y transformado sus corazones, de modo que los ídolos que antes adoraban, ahora detestan, les ruego que se mantengan alejados de ellos todo lo posible. Si no quieren tener nada que ver con ellos, entonces no vayan a lugares donde se les honra. “¿Qué más tendré ya con los ídolos?”. Si sé que una calle está infectada de viruela, no querré andar por ella. Preferiría evitarla, para evitar la plaga. Lo mismo sea con lo que una vez fue su pecado más querido. Aléjense de él cuanto sea posible, como lo harían de una enfermedad muy contagiosa. No tengan ya nada que ver con los ídolos, por lo tanto, no entren en sus templos ni se junten con los que les rinden culto. Manténganse lo más lejos posible del pecado. Si han aprendido a decir: “¿Qué más tendré ya con los ídolos?”, también cuídense de no dar la apariencia del mal, ni de tener ninguna relación con él, lo cual corrompe las buenas costumbres. El bar, el salón de baile y el teatro no son para ustedes. Detesto oír a los cristianos preguntar: “¿Qué opina usted de éste o aquel trivial entretenimiento?”

Pues bien, mis queridos amigos, si disfrutan ustedes de algo que tiene en sí alguna suciedad, pongo en tela de juicio el que sepan algo del amor de Dios. Recuerden el comentario de Rowland Hill<sup>34</sup> a la persona que le gustaba ir al teatro. La persona dijo: “Bien, Sr. Hill, usted sabe que soy miembro de la iglesia, pero no asisto con frecuencia, voy apenas una o dos veces al año, como algo especial nada más”. “Ah”, respondió el Sr. Hill, “usted es mucho peor de lo que pensaba. Suponga que alguien comentara y se corriera la voz de que el Sr. Hill comía carroña y que le encantaba comer carne podrida. Y suponga que se me acercara alguien y dijera: ‘He oído, Sr. Hill, que le encanta comer carroña’. ‘Oh, no’, le contesto. ‘De ninguna manera. No la como regularmente, solo como un platillo una o dos veces al año como algo especial, nada más!’. Entonces todos dirían: ‘Le gusta más de lo que pensábamos porque si hay pobres gentes que tienen que comerla todos los días porque no pueden conseguir nada mejor, el gusto de ellos no está tan viciado como el suyo que se aparta de la comida saludable y considera la podredumbre como un platillo fino y exquisito para comer’. Si podemos encontrar nuestro placer y deleite donde siempre está cerca y accesible el pecado de la peor clase, donde la fe cristiana está fuera de lugar y donde no podemos esperar que Cristo nuestro Señor se haga presente, no hemos aprendido a decir con Efraín: “¿Qué más tendré ya con los ídolos?”.

---

<sup>34</sup> **Rowland Hill** (1744-1833) – Predicador anglicano que fue pastor de Surrey Chapel en Southwark, Londres. Aristócrata convertido al “evangelicalismo” y campeón entusiasta de la predicación itinerante. Citado a menudo por Charles Spurgeon.

Apártense a toda velocidad de cualquier cosa que tenga la mancha, aún más pequeña de pecado; y quiera Dios ayudarles a seguir haciéndolo toda la vida. ¿Es esto a fin de que sean salvos? ¡De ninguna manera! Le estoy hablando sólo a los que son salvos. Si alguno entre ustedes no es salvo, lo primero que necesita es tener un corazón renovado por fe en Jesucristo y, después de eso, no hay ninguna imposición, no se le cobra nada, no es obligación pagar nada. En cambio, nuestro anhelo es aumentar su gozo, su alegría, su privilegio, y mantenerlos cerca de su Señor y decir: “¿Qué más tendré ya con los ídolos?”.

Dios bendiga a cada uno en el nombre de Cristo.

Predicado en el Tabernáculo Metropolitano, Newington.



## LA IDOLATRÍA EN LA ACTUALIDAD ¿DÓNDE ESTÁ?

J. C. Ryle (1816-1900)

*“Huid de la idolatría” (1 Corintios 10:14).*

**P***ermítanme* mostrar las formas que la idolatría ha tomado y toma [hoy] en la iglesia visible. ¿Dónde está? Parece que los apóstoles esperaban que la idolatría apareciera, aun antes de haberse cerrado el canon del Nuevo Testamento. Es admirable observar cómo San Pablo hace hincapié en este tema en su primera epístola a los Corintios. Si cualquier corintio llamándose hermano era idólatra, el Apóstol mandó: “Con el tal ni aun comáis” (1 Co. 5:11). “Ni seáis idólatras, como algunos de ellos [refiriéndose a sus antepasados]” (1 Co. 10:7). Dice nuevamente en el texto que encabeza este escrito: “Amados míos, huid de la idolatría” (1 Co. 10:14). Igualmente, cuando les escribe a los Colosenses, les advierte contra el “culto a los ángeles” (Col. 2:18). Y San Juan concluye su primera epístola con el solemne mandato: “Hijitos, guardaos de los ídolos” (1 Jn. 5:21). Es imposible dejar de sentir que todos estos pasajes implican una expectativa de que pronto, muy pronto, habría idolatría entre quienes profesaban ser cristianos.

La famosa profecía en el cuarto capítulo de la Primera Epístola a Timoteo, contiene un pasaje que es todavía más directo: “El Espíritu dice

claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios” (1 Ti. 4:1).

El último pasaje que quiero hacer notar es la conclusión del noveno capítulo de Apocalipsis. Leemos en el versículo veintinueve: “Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar” (Ap. 9:20). Me atrevo a afirmar que es muy probable que estas plagas caerán sobre la iglesia visible de Cristo y que lo más improbable es que San Juan estuviera aquí profetizando acerca de los paganos que nunca han oído el evangelio.

Y ahora, si dejamos los hechos [históricos] de la Biblia, ¿qué vemos? Respondo sin vacilar que existen pruebas indubitables de que las advertencias y predicciones de las Escrituras no fueron dadas sin razón y que la idolatría, de hecho, ha aparecido en la iglesia visible de Cristo y que todavía existe.

La Iglesia Anglicana ha resumido muy bien en la homilía “Contra el peligro de la idolatría”, el tema de la aparición y el avance de la maldad en el pasado. Leemos allí, que aun en el siglo IV, Jerónimo se queja “de que se han introducido los errores de las imágenes cuando pasaron de los gentiles a los cristianos” y Eusebio dice: “Vemos que se han pintado cuadros con las imágenes de Pedro y Pablo, y de nuestro Salvador mismo; pienso que se han derivado y luego mantenido como una costumbre pagana sin que el pueblo de Dios fuera consciente de ello”. Allí leemos cómo “Poncio Paulino, obispo de Nola, hizo que en las paredes de los templos se pintaran cuadros con las historias tomadas del Antiguo Testamento, a fin de que la gente al verlas y pensar en ellas, controlaran sus excesos y desenfrenos. Pero el aprendizaje por medio de cuadros históricos se fue transformando poco a poco en idolatría”. Allí podemos leer que Gregorio Primero, obispo de Roma, al principio del siglo VII, permitió el uso indiscriminado de imágenes en las iglesias. También leemos en la misma homilía cómo Irene, madre de Constantino Sexto, reunió en el siglo VIII un concilio en Nicea y consiguió un edicto que estipulaba que “deben colocarse imágenes en todas las iglesias de Grecia y se debe honrar y adorar a las mismas”. Leemos también la conclusión de la homilía, que es un resumen histórico en que, tanto eruditos como analfabetos, laicos, clérigos, hombres, mujeres y niños de todas las edades, clases y posiciones de la cristiandad, se han ahogado durante un espacio de más de 800 años en una idolatría abominable. De todos los vicios, el que más detesta Dios es la idolatría, por el cual condena al hombre.

Éste es un hecho triste, pero muy cierto. Puede haber poca duda de que la iniquidad comenzó aun antes de la época recién mencionada por los autores de la homilía. Opino que nadie que considera calmadamente la reverencia excesiva que se le daba desde el principio a las partes *visibles* de

la religión, no se sorprenderá por el surgimiento de la idolatría en la iglesia primitiva. Creo que nadie que sea imparcial puede leer el lenguaje usado por casi todos los Padres de la iglesia cuando hablan en general de la iglesia, los obispos, el ministerio, el bautismo, la Cena del Señor y los mártires ya partidos. No, nadie puede leer todo esto sin ser impactado por la gran diferencia entre su lenguaje y el lenguaje de las Escrituras referente a estos temas. El lector parece estar inmediatamente en un ambiente nuevo. Siente que ya no pisa tierra santa. Se encuentra con que las cosas que en la Biblia son evidentemente de segunda importancia, aquí son de primera importancia. Se encuentra con que las cosas de los sentidos y la vista son exaltadas a una posición que Pablo, Pedro, Santiago y Juan, hablando inspirados por el Espíritu Santo, en ningún momento les dieron. No es meramente la debilidad de escritos no inspirados de lo que uno tiene que quejarse; es algo peor: *Es un nuevo sistema*. ¿Y cómo se explica todo esto? Es, en una palabra, que uno ha entrado a una región donde la malaria de la idolatría ha comenzado a surgir. Uno percibe las primeras obras del misterio de iniquidad. Detecta los brotes de ese enorme sistema de idolatría que, como la homilía lo describe, fue más adelante reconocido formal y en última instancia, como algo que floreció con gran lujo en cada sector de la cristiandad.

Pero pasemos ahora del pasado al presente. Examinemos la cuestión que más nos concierne. Consideremos en qué forma se nos presenta la idolatría como un pecado de la iglesia visible de Cristo en nuestra propia época.

No me resulta difícil contestar esta pregunta. No vacilo en afirmar que la idolatría nunca ha tomado una forma más flagrante que *en la iglesia de Roma en la actualidad*.

Y acá llego a un tema del cual, por los tiempos en que vivimos, es difícil hablar. La verdad, en su totalidad, debiera ser dicha por los ministros de Cristo, sin importar los tiempos y prejuicios. Lo digo con mucha tristeza. Lo digo, reconociendo totalmente que en la iglesia protestante tenemos nuestras faltas; que en la práctica, quizá en algunos sectores, no poca idolatría. Mientras que, en lo que atañe a la iglesia de Roma, si no hay una enorme cantidad de idolatría sistemática y organizada, confieso, francamente, que no sé qué es idolatría.

**A mi modo de entender, es idolatría tener imágenes y cuadros de santos en las iglesias y reverenciarlos de un modo que no tiene justificación ni precedentes en las Escrituras.** Y si esto es así, afirmo que hay *idolatría en la iglesia de Roma*.

**A mi modo de entender, es idolatría invocar a la Virgen María y a los santos en gloria, y dirigirse a ellos de una manera que jamás aparece en las Escrituras, excepto para dirigirse al Espíritu Santo.** Y si esto es así, afirmo que hay *idolatría en la iglesia de Roma*.

**A mi modo de entender, es idolatría inclinarnos ante cosas materiales y**

**atribuirles un poder y santidad que exceden, por mucho, a la que se atribuía al arca o al altar en la dispensación del Antiguo Testamento,** y un poder y también santidad para los cuales no hay ni un ápice de fundamento en la Palabra de Dios. Y si esto es así, afirmo que hay *idolatría en la iglesia de Roma*.

**A mi modo de entender, es idolatría adorar algo hecho por manos de hombres, llamarlo Dios y adorarlo cuando lo levantan ante nuestros ojos.** Y si esto es así, junto con la doctrina notoria de la transubstanciación y la elevación de la hostia, afirmo que hay *idolatría en la iglesia de Roma*.

**A mi modo de entender, es idolatría hacer de los hombres ordenados para el ministerio, mediadores entre nosotros y Dios, quitándole, por así decir, a nuestro Señor Jesucristo su oficio y dándoles el honor que, aun los apóstoles y los ángeles, repudian lisa y llanamente en las Escrituras.** Y si esto es así, por la honra que veo se da a papas y sacerdotes, afirmo que hay *idolatría en la iglesia de Roma*.

Sé que leer esto puede ser doloroso para muchos. En cuanto a mí, no me da ningún placer hablar de las faltas de alguien que profesa ser cristiano y se identifica como tal. Puedo decir, sinceramente, que he dicho lo que he tenido que decir con dolor y tristeza.

Creo y espero que más de un católico romano piensa distinto en su corazón, de lo que enseña su iglesia y sabe que merece una iglesia mejor... Creo que muchos pobres [católicos romanos] practican hoy una adoración idólatra, sencillamente porque no conocen otra cosa. No tienen Biblia que les instruya. No tienen un pastor fiel que les enseñe... pero nada de esto me impide decir que la iglesia de Roma es una *iglesia idólatra*.

No sería yo fiel si dijera menos... y en un día como éste, cuando algunos están dispuestos a separarse de la iglesia de Roma y, muchos otros, cierran los ojos a su verdadero carácter queriendo que nos volvamos a unir con ella, en un día como éste, mi propia conciencia me reprocharía si no advirtiera claramente a los hombres que la iglesia de Roma es una iglesia idólatra y que si se unen a ella, estarán *uniéndose a ídolos*.

Y ahora, permítanme mostrar *la abolición definitiva de toda idolatría*. ¿Cuándo será? ...Aquí, como en otros temas, la palabra segura de profecía viene en nuestra ayuda. Un día llegará el fin de toda idolatría. Su final ha sido decidido. Su derrocamiento es cosa segura. Ya sea en templos paganos o en supuestas iglesias cristianas, *la idolatría será destruida en la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo*.

La Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo es esa esperanza bendita que debe reconfortar siempre a los hijos de Dios bajo la presente dispensación... ese es el único día cuando cada abuso será rectificado y cada corrupción y fuente de dolor será completamente erradicada. En la espera de aquel día, sigamos trabajando y sirviendo a nuestra generación; no seamos ociosos, como si no pudiéramos hacer nada para detener la

corrupción; no nos desanimemos porque no vemos aún todas las cosas sujetas a nuestro Señor.

Si estas cosas son ciertas, los hombres no se sorprendan porque les advertimos que se cuiden de toda inclinación hacia la iglesia de Roma.

Para empezar, mantengo que este movimiento romano debe ser constante y firmemente resistido. No importa la posición, ni la erudición, ni la consagración de algunos de sus defensores, la considero un movimiento muy malicioso, destructor de almas y anti-bíblico.

La unidad en lo abstracto es, sin duda, algo excelente, pero unidad sin verdad es inservible. La paz y uniformidad son hermosas y valiosas; pero paz sin evangelio —paz basada en un episcopado y no en una fe compartida— es una paz *sin valor*, que ni merece ese nombre.

Vivimos en una época cuando la iglesia de Roma se pasea entre nosotros con una fuerza renovada, alardeándose a viva voz de que pronto volverá a recuperar el terreno perdido. Nos presenta continuamente doctrinas falsas de todo tipo y prácticas sutiles y engañosas... por lo que nadie puede pensar que estoy fuera de lugar si ofrezco algunas medidas preventivas contra la idolatría. Explicaré cómo podemos protegernos contra ella y con esto terminaré.

(1) Armémonos, primeramente, con *un conocimiento profundo de la Palabra de Dios*. Leamos nuestra Biblia con más diligencia que nunca y familiaricémonos con cada parte de ella. Dejemos que la Palabra more ricamente en nosotros. Cuidémonos de cualquier cosa que nos quite tiempo y deseos de recorrer sus páginas sagradas. La Biblia es la espada del Espíritu, no la dejemos jamás a un lado. Si acaso alguna vez lo hacemos para tomar algún atajo, por más hermoso, antiguo y frecuentado que parezca, no nos sorprendamos si terminamos adorando imágenes y reliquias y yendo regularmente al confesionario.

(2) Armémonos, en segundo lugar, *con un celo santo por las porciones aún más pequeñas del evangelio*. Cuidémonos de aprobar el intento, por más pequeño que sea, de ocultar o restarle importancia o ignorar cualquier parte de éste y exaltar temas secundarios. El que Pedro se abstuviera de comer con los gentiles, parece algo pequeño, no obstante Pablo les dice a los gálatas: “Le resistí cara a cara, porque era de condenar” (Gá. 2:11). *No les quitemos importancia a nada que tenga que ver con nuestra alma*. Seamos muy cuidadosos a quién escuchamos, dónde vamos y lo que hacemos en todas las cuestiones concernientes a nuestra propia adoración personal. Vivimos en una época cuando las pequeñas acciones y cosas involucran grandes principios de la fe que, cincuenta años atrás, no se ponían en tela de juicio, pero que ahora sí, debido a las circunstancias. Cuidado con jugar con algo que tenga una tendencia romana. Es necio jugar con el fuego. Creo que muchos de nuestros pervertidos y rebeldes empezaron pensando que no había nada de malo en adjudicar un *poco* más de

importancia a ciertas cosas externas que la que hasta entonces les estaban adjudicando. Pero una vez que se lanzaron por un camino cuesta abajo, siguieron bajando de una cosa a otra. ¡Provocaron a Dios, y él los dejó a sus propias expensas! Los entregó a grandes engaños y los dejó creer una mentira (2 Ts. 2:11). ¡Tentaron al diablo, y él se acercó a ellos! Comenzaron con pequeñeces, como muchos necios las llaman. Y han terminado en una flagrante idolatría.

(3) Armémonos, en último lugar, con *conceptos claros y correctos acerca de nuestro Señor Jesucristo* y la salvación en él. Él es “la imagen del Dios invisible” (Col. 1:15), expresamente “la imagen misma de su sustancia” (He. 1:3). Él es el verdadero antídoto contra la idolatría cuando realmente lo conocemos. Edifiquémonos sobre el fundamento profundo de su obra consumada en la cruz. Determinemos, decididamente, de una vez por todas, que Cristo Jesús ha realizado *todo* lo necesario para presentarnos sin mancha ante el trono de Dios. Aceptemos que la fe sencilla como la de un niño es lo único que se requiere para gozar de todos los beneficios de la obra de Cristo. No dudemos que, teniendo fe, somos completamente justificados a los ojos de Dios; nunca seremos más justificados que esto, aunque tengamos la edad de Matusalén y hagamos las obras del apóstol Pablo. No **podemos** agregar nada, ni acciones, obras, palabras, ayunos, oraciones, obras de caridad, asistencia a los cultos y participación de las ordenanzas, ni ninguna otra cosa a nuestra a la justificación ya consumada.

Sobre todo, *permanezcamos en comunión continua con la persona del Señor Jesús!* Permanezcamos en él diariamente, confiemos en él diariamente, apoyémonos en él diariamente, vivamos para él diariamente, tomemos de su plenitud diariamente. En cuanto le demos al Señor Jesús el lugar que le corresponde en nuestros corazones, *todas las demás cosas en nuestra fe, ocuparán pronto el lugar que les corresponde.* La iglesia, los pastores y las ordenanzas pasarán al segundo lugar que les corresponde.

A menos que Cristo sea Sacerdote y Rey en el trono de nuestros corazones, ese pequeño reino interior estará perpetuamente en confusión. Pero sólo dejemos que sea Cristo allí “el todo en todo” y todo estará bien. Ante él caerá todo ídolo. ***Cristo conocido correctamente, Cristo creído de verdad y Cristo inmensamente amado es el auténtico antídoto contra el ritualismo, el romanismo y toda forma de idolatría.***

---

**J. C. Ryle** (1816-1900): Obispo de la Iglesia Anglicana. Descrito alguna vez como “un hombre de granito con el corazón de un niño”. Spurgeon lo llamaba “el mejor en la Iglesia Anglicana”. Reverenciado autor de *Holiness, Knots Untied, Old Paths, Expository Thoughts on the Gospels* (Santidad, Nudos desatados, Sendas antiguas, Pensamientos expositivos sobre los Evangelios) y otros. Nacido en Macclesfield, condado de Cheshire, Inglaterra.

